

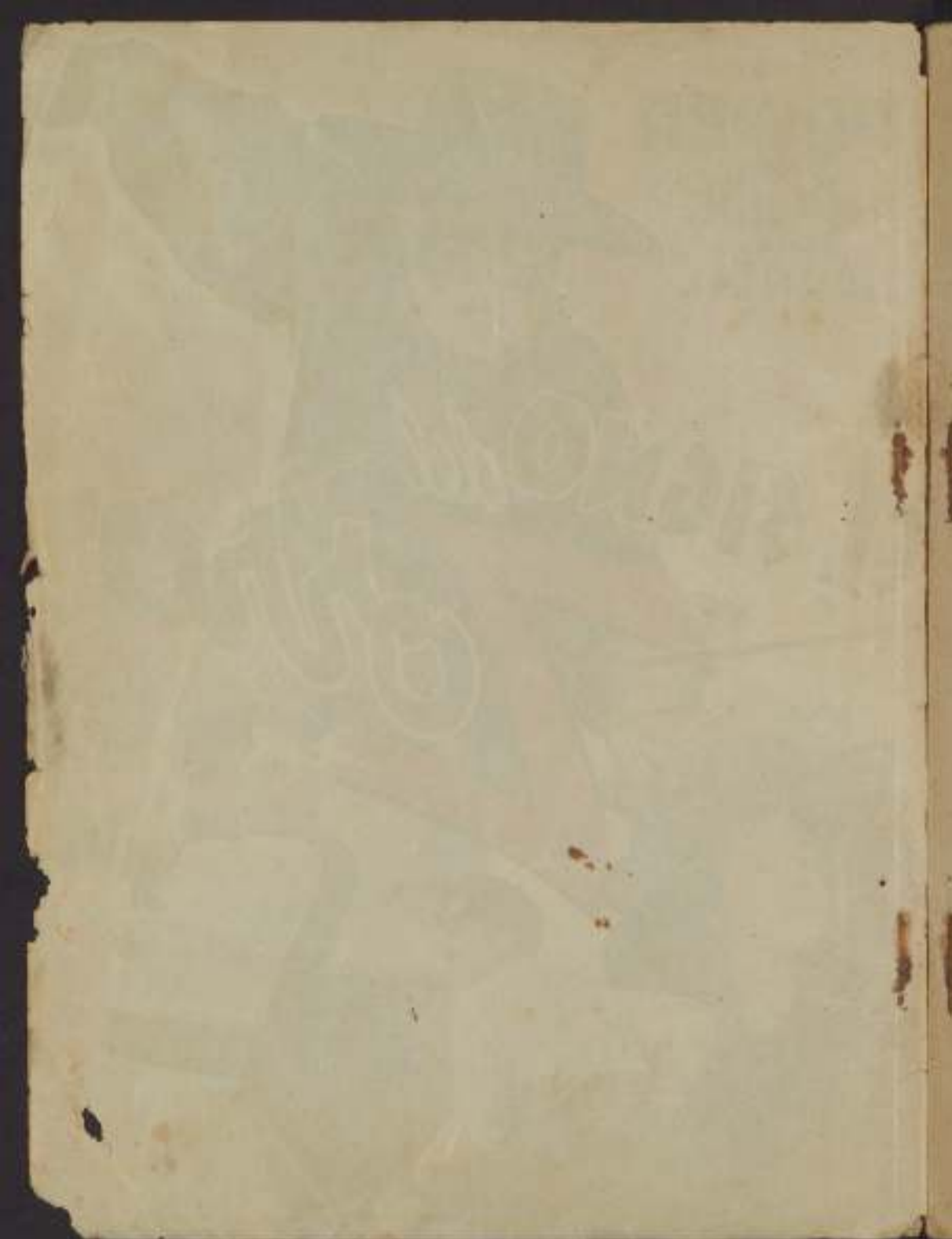
Tyrone
POWER

Basil
RATHBONE
Linda
DARNELL

en

EL SIGNO del
Zorro

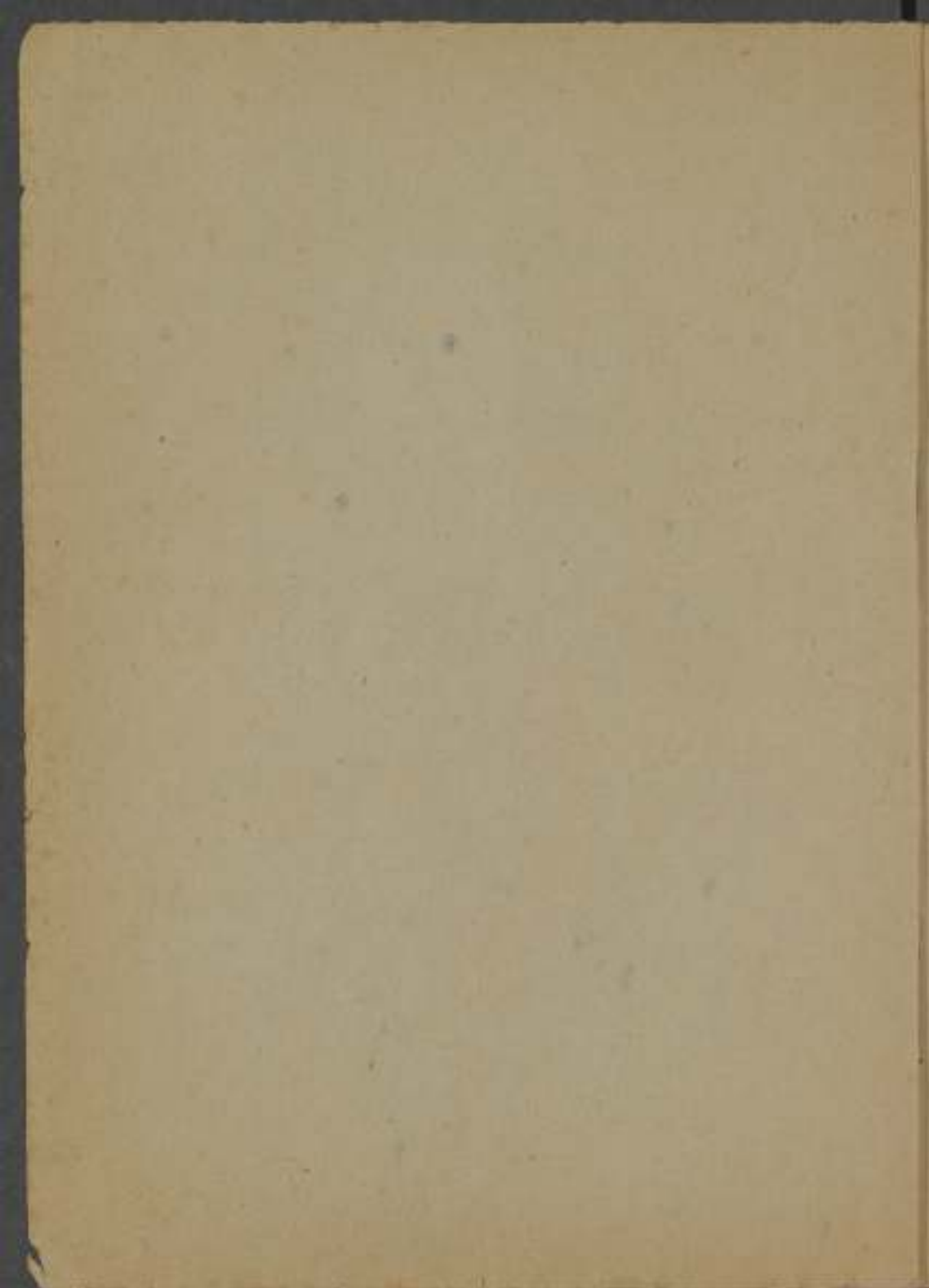




- 756

Nº 321

EL SIGNO DEL ZORRO



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

EL SIGNO DEL ZORRO

Película de aventuras, de extraordinario interés

Una espada justiciera al servicio de los desvalidos

Dirección

ROUBEN MAMOULIAN

Es una magnífica producción



SE HACE DE LAS MEJORES TRUENOS

PRINCIPALES
INTÉRPRETES

Tyrone Power - Basil Rathbone - Linda Darnell - Montagu Love
J. Edward Bromberg - Eugene Pallette - Gale Sondergaard

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll :: Valencia, 197 :: Barcelona

EL SIGNO DEL ZORRO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Los cadetes se entrenaban en el juego de la espada. Era por el año de gracia de 1820 y en Madrid. La esgrima había alcanzado su máximo apogeo y no era considerado como hombre valiente y caballero perfecto aquel que no sabía manejar la espada con elegancia y precisión. Por esto los muchachos ponían todo su entusiasmo en aquel entrenamiento a que a diario les sometían en la Academia Militar y con harta frecuencia tenían entre ellos encuentros clandestinos en donde cada uno exhibía la perfección de su arte de esgrimir el acero.

También la equitación formaba parte importante de la formación de los cadetes, y en el hipódromo lucían sus habilidades aquellos que debían ser clasificados. Saltaban los caballos las barreras y obstáculos que se oponían a su paso y el jinete debía manejar la montura con

suficiente maestría para que no tropezaran sus patas en alguno de ellos y dieran con el caballero en tierra, como sucedía en más de una ocasión.

Presenciaba las carreras de obstáculos toda la plana mayor de la Academia Militar, y el general daba, concreta y escuetamente, su opinión acerca de cada alumno a su ayudante, que tomaba nota rápida en su carnet, para luego redactar las calificaciones definitivas.

—Buena monta...—decía el general, ante un salto perfecto de alguno de los cadetes—. Manos flojas... no tiene buena escuela...—añadía, refiriéndose a otro—. Descalificado—pronunció sentenciosamente ante un salto pésimo que a poco cuesta la vida del caballero que lo había efectuado.

En otro rincón del campo de equitación, un grupo de cadetes que

no tomaba parte en el concurso, seguía con interés todas sus incidencias y comentaba el modo de manejar el caballo de cada uno de sus compañeros.

—¡Ahí viene el californiano!— exclamó uno de los muchachos viendo salir, montado en brioso corcel, elegante y ágil, disparado hacia el lugar de la prueba, al compañero al que muchos admiraban, envidiaban otros y todos temían por su bravura y su enteresa.

—Veremos cómo se porta...

—Si monta a caballo como maneja la espada, apuesto diez doblones a que los salta bien todos, sin fallarle ni uno—comentó uno de los adictos al joven californiano de quien se hablaba.

—¿Diez doblones? ¿Y que salta todos los obstáculos?—inquirió uno de los cadetes abriendo tamaños ojos ante la tentación de la apuesta.

—Todos—aseguró el otro, tendiendo la mano para cerrar el compromiso.

—Hecho. Acepto la apuesta.

El cadete que iba a mostrar su arte en la equitación emprendió carrera y comenzó a saltar con absoluta seguridad y perfecta precisión todos los obstáculos. Caballo y caballero parecían de una sola pieza y las patas delanteras del

noble bruto se fijaban en el suelo, a cada nuevo salto, con una elegancia de alta escuela.

Un ¡bravo! general se dejó oír cuando el joven californiano terminó la prueba, y el que había ofrecido la apuesta volvió a tender la mano hacia su contrincante y le dijo, sonriendo:

—¡Vengan esos diez doblones! ¿No te dije que iba a saltarlo todo sin dar el menor tropiezo?

—Toma... bien ganado lo tienes—replicó el otro, pagando lo que debía.

—Acaso olvidaste que en California usan los caballos como cunas...—rió el que primero había hablado, para dulcificar un poco la amargura de la pérdida a su compañero.

Entretanto el general felicitaba al joven cadete:

—Muy bien... ha estado magnífico... Pocas veces se consigue mejor perfección en los saltos. Queda usted clasificado en primer lugar.

—Gracias, mi general—sonrió Diego, que así se llamaba el muchacho.

Luego fué a dejar el caballo en manos de su ayudante y le dijo:

—Manuel, dale tres zanahorias en premio de su trabajo... Me felicitan a mí y deberían felicitarle a él.

Acarició el lomo del animal y corrió a reunirse con sus compañeros.

Unas horas más tarde, Diego se acicalaba ante el espejo, vistiendo su uniforme y mirándose de uno y otro lado para comprobar toda la arrogancia de su figura, toda la belleza viril de su rostro, todo el brillo de sus grandes ojos negros en los que se asomaba el sol radiante de California, su país lejano y legendario, cuyo solo nombre hacía soñar un poco a los españoles que no habían salido del recinto reducido de Madrid.

—¿Dónde vas, tan elegante? ¿A algún acto de servicio?—le preguntó su compañero de habitación, con un tonillo un poco irónico, pues bien se veía que no era para acto de servicio para lo que Diego estaba preparándose.

—No... ¡del corazón! —replicó Diego, sin dejar de mirarse al espejo, arreglándose la guerrera que no acababa de ajustarle como él deseaba.

—¡Ah... comprendido! —replicó el otro, sonriendo inteligentemente.

—No me gusta... no me gusta nada—afirmó Diego, mirándose de perfil, de frente, de espalda, comprobando que la guerrera no le quedaba como él quería y frunciendo el ceño en señal de disgusto.

—No es el uniforme... es la cara lo que no te gusta... Pero dime, ¿a qué viene tanta elegancia?

—¡Ah!...—suspiró Diego con voz cómica—Estoy citado con la jovencita más linda de la corte y tengo que presentarme con...

—¿Pero no te acuerdas que tienes que cruzar tu acero con el teniente Cortés? —inquirió el otro, interrumpiéndolo.

—¡Qué cabeza! ¡Se me había olvidado!—exclamó Diego, dándose una palmada en la frente—¿Pero por qué tengo que batirme con el teniente Cortés? ¿Es que he de batirme con todo el mundo en Madrid? Comprendo que hay muchos espadachines, pero, ¿por qué han de elegirme siempre a mí?—murmuró, paseando agitadamente a lo largo de la habitación, como si le molestara tener que dejar aquella cita amorosa para cruzar su acero con alguien al que apenas conocía y del que nada le importaba.

—Cálmate, hombre, cálmate... Es una distinción tener un asalto con el elegante californiano... Una pequeña herida causada por tu acero... ¡y a presumir de valiente! ¿Es que no te has dado todavía cuenta de ello?

Un ordenanza vino a interrumpirlos, entrando en la habitación. Saludó y dijo:

—Cadete Vega... El comandante desca veros en su despacho en seguida.

—Bien... voy ahora mismo.

Tomó el quepis y volviéndose a su compañero le dijo, antes de salir:

—Ya veis que no es posible que me enfrente con Cortés... Si lo explicaréis, ¿verdad? Podemos batirnos mañana... ¡Hasta luego!

Salíó con aire marcial, luciendo toda la gallardía de su cuerpo perfeccionado por los deportes, aquel cuerpo flexible y ágil al que no daba ninguna rigidez su uniforme militar.

Poco después, Diego Vega entraba en el café donde estaban reunidos todos sus compañeros. Venía con aire taciturno y en sus ojos había una sombra de tristeza. Se acercó al mostrador, miró a todos los que estaban allí, sentados ante las mesas, jugando y riendo en aquella hora de libertad que les dejaban sus deberes de la Academia, y, dando unos fuertes golpes sobre la mesa del mostrador, impuso silencio para decir luego en voz alta:

—¡Señores... atiendan un momento! ¡Pago vino para todos!

Hubo bravos, aplausos y vítores ante aquella generosidad, pero luego se quedaron en suspenso. ¿A

qué venía aquella ronda de vino pagada por el cadete Vega?

—Pagas vino... ¿y por qué? ¿Qué vamos a celebrar?—inquirió uno, interpretando el sentir de todos.

—No es una celebración... sino una despedida—replicó Vega. Es la última vez que bebéis conmigo.

—¿Qué dices? ¿La última vez?

—Sí... Mi padre quiere que regrese a su lado... Lo he sabido ahora mismo... Tengo que partir en el primer barco que zarpe de Cádiz...

—¿Te vas a California?—preguntó con desilusión su mejor amigo y compañero—. ¿No vas a esperar tu nombramiento?

—No... Debo abandonar mi carrera militar... Mi padre me llama y he de partir.

—Pero... ¿qué ocurre en California?—preguntaron varias voces.

—¿Indios sublevados?—dijeron otros.

—No—contestó, más con el gesto que con la voz el cadete Vega.

—¿Pues a quién hay que combatir?

—A nadie—replicó con amargura Diego Vega, pensando en la vida que le esperaba allá, lejos, en aquel país que comenzaba apenas a colonizarse y que era frío y duro como la tierra del desierto.

—¿Y qué vas a hacer allá con tu pincho?—le preguntó su compañe-

ro, refiriéndose a la espada que Diego manejaba con tan rara perfección—. Se te va a oxidar.

—¡No!— exclamó Diego, desenvainando su espada.

La miró de cerca, acercó a sus labios el puño y la arrojó con precisión maravillosa al techo, donde quedó hincada y balanceándose al influjo de aquel impulso que había hecho vibrar el acero como si fuera un corazón humano.

—¿La veis ahí? Pues ahí queda para que así recordéis a un amigo... que se fué lejos... a una tierra llena de peones felices... de caballeros dormilones... de sempiterno aburrimiento... ¡Venga vino, tabernero! ¡Señores! ¡Un brindis por California... donde deberé casarme... tener hijos rollizos... y ver cómo crecen los viñedos!

Chocaron los vasos y bebieron, pero no había alegría en aquel brindis. La partida de Diego Vega dejaba en la Academia un vacío que nadie podría llenar.

* * *

Muchas semanas tardó el velero para cruzar el Atlántico llevando a

Diego Vega hacia otras playas y otros horizontes que para él no ofrecían ningún interés. Había lamentado mucho abandonar Madrid. La corte española ofrecía para aquellos que habían ido a colonizar el Nuevo Mundo, el atractivo incomparable que de lejos ejerce siempre la patria, y a ella mandaban a sus hijos para que conocieran a España y, conociéndola, supieran amarla. Diego Vega, hijo de españoles, de colonizadores enviados por el Gobierno a aquellas lejanas tierras de América para que gobernarán y engrandecieran el nombre de España, había llegado a Madrid con el alma repleta de entusiasmo y de fervor, y lo había abandonado con el alma plena de nostalgias y de melancolías. El regreso a América no le ofrecía más que una ilusión: poder abrazar de nuevo a sus padres. Todo lo demás no tenía atractivo para él y en Madrid dejaba sus amistades y sus ilusiones.

Arribó el barco, tras una larga y monótona travesía, a tierras de América, y un bote condujo a Diego Vega a tierra.

Veía el muchacho perfilarse las casas de la ribera, casas de adobe, misérrimas en su aspecto, que formaban las primeras colonias en aquellas tierras apartadas de toda civilización, y sentía que al corazón

se le iba poniendo cada vez más sombrío.

El hatelero que bogaba, lo hacía en silencio, sobrecogido por el aspecto triste de aquel caballero al que conducía a tierra, desde el barco que le había traído de España. Debía ser un caballero de posición, puesto que había contratado un bote para él solo, desentendiéndose del resto del pasaje, emigrantes en su mayoría, que llegarían a tierra hacinaulos en una de aquellas lanchas que mandaba la compañía naviera a recibir a los pasajeros que de tarde en tarde arribaban a aquellas costas en busca de trabajo, de enriquecimiento o de aventuras.

Diego rompió el silencio que sólo turbaba el eterno murmullo del mar, y preguntó al hombre que remaba frente a él:

—¿Qué tal los viñedos? ¿Cómo se portan este año?

Miró el hombre al caballero con extrañeza y sonrió. Jamás hubiera imaginado que un viajero de tan alta calidad se preocupara poco ni mucho por los viñedos, y replicó, contento de poder dar suelta a su lengua:

—Milagro será si las uvas siguen siendo dulces, porque parece que los viñedos han de estar regados de hiel y vinagre.

—¿Por qué tan pesimista, amigo?

—preguntó Diego Vega, con una sonrisa en los labios, indefinida y lejana.

—Porque nadie está alegre con odio en el corazón, señor—replicó el hatelero.

—¿Odio?... ¿A quién?—preguntó vivamente Diego.

—Al alcalde... ¡Peor no le hay en el mundo!—aseguró el hombre que remaba, con tal odio en la voz y en la mirada que Diego sintió como un extraño sobresalto en su corazón.

—¿El alcalde?... Es el mejor hombre que existe—refutó Diego, con respeto y veneración, como si el recuerdo del alcalde despertara en él dormidos sentimientos.

—No le conocía, señor—dijo el de la barca, frunciendo el ceño con gesto de venganza.

—Le conozco bien... Le conozco mejor que tú... ¡Es mi padre!—exclamó el recién llegado, alzando la voz con altivez.

Paró de remar el viejo, se quedó boquiabierto un rato, miró con espanto al pasajero que llevaba en su barca y musitó un

—Hummm... — que quiso decir muchas cosas.

Luego se sobrepuso a sí mismo y añadió, con entereza y decisión:

—Pues... lo dije y bien dicho está... sí, señor... aunque sea vuestro

padre y aunque ya recibí veinte palos por irme de la lengua...

Diego ocultó una sonrisa. Le gustaba la gente valiente, y su barquero acababa de demostrar que no tenía miedo. Le miró sin rencor. Cuando aquello decía, alguna razón le habría empujado a juzgar así a su padre. Ahora averiguaría él, en cuanto llegara a su casa, cuáles podrían ser esas razones.

—Boga... boga... tengo prisa—ordenó el hombre, que se había quedado como una estatua, con los remos en alto, como si esperara el inmediato castigo del cielo por su osadía.

Sin decir palabra bogó el remero y condujo el bote hasta la orilla. Saltó Diego a tierra, pagó al hombre su jornal y se dirigió a la taberna, casa de postas, mesón, o como quisiera llamársele, que de todo tenía un poco aquella casucha fétida y lóbrega dentro de la cual algunos peones estaban agrupados en torno a las mesas, bebiendo unos, tocando otros la bandurria, canturreando las lánguidas canciones nativas llenas de un melancólico penar, que daban a aquel ambiente un tono exótico que extrañó al recién llegado, acostumbrado a la alegría, a la vibración, al dinamismo de España donde las canciones tenían alas y las guitarras ras-

gueaban con un brío de nervios que aquí era por completo desconocido.

—Buenos días—saludó el viajero, al entrar.

—Buenos días, señor... ¿En qué puedo servirlos?—preguntó el tabernero que estaba tras el mostrador frotando un vaso de cristal.

—Dame un vaso de vino—dijo Diego, lanzando en torno suyo una mirada escrutadora.

—Sí, señor; buen vino el de California... Vos sois extranjero, ¿verdad?—preguntó el buen hombre, con una curiosidad natural de todas las gentes que viven en lugares apartados y remotos en donde la menor cosa es una gran novedad.

—No... soy californiano—replicó Diego con amabilidad.—Nací y me crió no muy lejos de aquí... en Los Angeles...

—¡Ah!

—...soy hijo del alcalde—concluyó Diego, que no había hecho caso de la interrupción del tabernero.

A poco se le cae a éste el vaso de la mano al escuchar aquella declaración. Se quedó pálido, tembloroso, ya no supo lo que se hacía ni acertaba a servir el vino que se le había pedido, mientras los peones, uno tras otro, iban saliendo de la taberna dando miradas de rencor y de odio a aquel muchacho desconocido que sólo por decir que era hijo

del alcalde despertaba en todos un sentimiento de repulsión.

—Desco un coche que me lleve a Los Angeles—siguió diciendo Diego, no queriendo darse por enterado de la sorpresa que producía su presencia: mejor dicho, del odio que su persona suscitaba en aquellos a quienes no había hecho daño alguno y que él mismo no sabía explicarse el por qué de semejante actitud.

Pero al ver que el tabernero continuaba inmóvil en su puesto, mirándole con ojos desorbitados como si viera a un fantasma o a una fiera hambrienta del desierto, gritó, un poco nervioso ya:

—¡Despierta!... ¿No me has oído? Quiero un coche que me lleve a Los Angeles...

—Sí, señor... Sí, señor... ¡Pedro! ¡Eh... Pedro!—gritó el tabernero, saliendo a la calle y acercándose a una calesa tirada por cuatro caballos, que estaba parada ante la casa en espera de que alguien se dignara alquilarla.—¡Este caballero quiere emplearte! Dice que ha de ir a Los Angeles... ¡Es hijo del alcalde!—explicó el tabernero, para que el otro comprendiera mejor.

El cochero puso un gesto de horror, pero no contestó, mirando a Diego como si tuviera ante sí una visión de otro mundo y estuviera

aterrorizado por la presencia de un fantasma.

Aquello comenzaba a exasperar al muchacho, porque no comprendía la razón que pudiera asistir a aquella gente para tratarle de tal forma, y dirigiéndose al cochero le gritó, de muy mal talante:

—Quiero que me lleves a Los Angeles... ¿No me entiendes?... Tengo algunas cajas y un portamantas en el muelle, que hay que recoger... Te pagaré bien... ¡Pero basta de mirarme como si vieras a un aparecido!... ¿Me vas a llevar o no?... ¿Qué pasa en este país?... ¿Estáis todos locos?... ¡Habla, o te cortaré la lengua!

El tabernero se adelantó unos pasos y explicó, sin poder contenerse:

—¡Llegas tarde, señor, para cortar la lengua al desdichado Pedro... Vuestro padre se adelantó a hacerlo ya...

Diego miró al cochero primero, al tabernero después, y preguntó, con el mayor asombro reflejado en sus ojos negros como la noche:

—¿De qué estás hablando? ¡Mi padre no ha podido cometer semejante salvajada!

—Perdón, señor... pero así ha sido...—replicó el tabernero.—En una asamblea de peonaca, Pedro habló en contra de los impuestos cada día mayores, que hacen misera la vida

del desdichado peón... y a la mañana siguiente, por orden del alcalde, los soldados le cortaron la lengua... Es cierto, señor, cierto como la luz del día lo que estoy diciendo... ¿Verdad, Pedro?

El cochero se inclinó articulando una serie de sonidos ininteligibles, invitando con el gesto a Diego a subir al coche, ofreciéndole conducirlo hasta donde él quisiera, puesto que era hijo del alcalde, aunque no quisiera pagar nada por el viaje.

Diego, de un salto brioso, subió al carricoche, y éste partió con todo el chirriar de sus hierros viejos y el cascabeleo de las mulas que galopaban por las polvorientas calles del poblado levantando un revuelo de gallinas que huían despavoridas y de ladridos de perros despertados con sobresalto de la tranquila siesta que dormían a la sombra de los muros, en aquella hora del mediodía en que el sol lo abrasaba todo y ponía cegadores destellos en los ojos.

Casi había olvidado Diego aquel paisaje que debía serle familiar. California era una tierra enorme, apenas explotada en aquellos comienzos de la colonización. De un poblado a otro había distancias enormes de tierra polvorienta en la

que apenas se hallaban trazados los caminos.

Recorrieron, a la orilla del mar, viendo el horizonte infinito del océano ante ellos, el camino que conducía a Los Angeles. No era grande la distancia, pero ni la carretela podía rodar precipitadamente ni los caminos se ofrecían para ello. Por esto emplearon mucho más tiempo del necesario en salvar la distancia entre un punto y otro, y cuando Diego, después de haber pagado generosamente al cochero su viaje, entró en la Alcaldía, comenzaba a caer la tarde.

No reconoció aquella casa que tan familiar le era. En su recuerdo vivía como una casa bella y apacible y ahora la encontraba rodeada de soldados, de centinelas, como si fuera una cárcel o una fortaleza.

Un sargento le acompañó ante un capitán que estaba discutiendo en el cuarto de guardia y que se interrumpió al ver entrar a un desconocido cubierto del polvo del camino y que tenía aspecto de venir de lejos, porque en su rostro había la visión de otros cielos y de otros países.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Cuál es vuestro nombre, señor?—preguntó el capitán al que acababa de entrar en compañía del sargento.

—Pretende ser el hijo del alcal-

de... ¡Ja... ja... ja!—rió de modo soez el sargento, mofándose de aquel muchacho que tenía tamaña pretensión.

—¡Ah!... ¿Pero aun se ríe en California?—preguntó Diego con sarcástica sonrisa—. Temía que se hubiera perdido la costumbre de reír... Yo no pretendo nada—añadió, dirigiéndose al capitán—. Soy Diego Vega, hijo de su Excelencia Don Alejandro Vega, y esta casa, aunque un tanto cambiada, es la mía...

—Os pido perdón, don Diego—dijo el capitán, que era un hombre alto, enjuto, de mirada altiva y sonrisa desdeñosa—. No sabía vuestro regreso... Bienvenido a California. Soy el capitán Esteban Pascual, ayudante militar del alcalde — se presentó, tendiendo la mano al muchacho.

—Muy honrado, capitán... Pero hacedme el favor... ¿por qué mi padre transformó su casa en fortaleza?—preguntó Diego que no creía en lo que veían sus ojos.

—Las cosas han cambiado mucho... don Diego—contestó el capitán con ironía, mirando desdeñosamente a aquel a quien juzgaba un chiquillo imberbe, mientras él jugaba con la espada, como si estuviera luchando contra un adversario invisible y numeroso—. Vuestro padre, don Alejandro Vega, disminuyó... por la edad... eso es, por la

edad... Y desde entonces, los peones se han vuelto más... trabajadores... Y hasta los caballeros han sentido despertar en ellos un cierto estímulo... del que estaban muy faltados...

—¡Ah!... ¡Comprendo!... — exclamó Diego, mostrando un aire ingenuo y asustadizo con el que, desde el primer instante, quiso responder al impertinente desenfadado del capitán Esteban—. Y... decidme... ¿Quién es ahora el alcalde?

—Don Luis Basilio Quintero... Un hombre fuerte y enérgico, que es el que hacía falta en estas tierras... Ahora le veréis...

—Gracias, señor... Pero yo, a quien deseo ver es a mi familia lo antes posible. ¿Sabéis dónde viven ahora?—preguntó Diego que no tenía ningún interés en conocer al usurpador.

—Viven en su antigua hacienda... Pero Su Excelencia no me perdonaría jamás si os dejara marchar sin recibir su bienvenida... y me parece que no querréis que me lleve yo una reprimenda por vuestra culpa—sonrió el capitán Esteban, sin dejar de esgrimir, con un arte perfecto, su acero, en un alarde de maestría.

Diego sonrió humildemente y replicó, muy modoso, como si estuviera amedrentado:

—¿Cómo negar nada a un hom-

bre que tiene en la mano un sable desnudo?

—¡Ja... ja... ja!... Ya veo que sabéis usar del ingenio... Es una costumbre mía... hay quien juega con un guante, con el monóculo o la caja de rapé... yo juego con el sable... eso calma los nervios... ¿os gusta esta arma? — preguntó, haciendo alarde de su destreza tan cerca del rostro de Diego que parecía quería partírselo en dos de un solo tajo.

Diego sacó del bolsillo de su gabán un pañuelo de encaje, lo agitó indolentemente para mostrar el encanto de sus encajes, lo acercó a la nariz en un gesto afeminado, y replicó:

—Pues... yo no entiendo de armas... mi querido capitán... Un sable es una cosa violentísima...

—¡Ja... ja... ja!... —rompió a reír Esteban, con un desprecio tan insultante que, de no haber tomado Diego, desde el primer instante, su partido, era como para desempuñar su espada y pasarle el pecho de parte a parte de una estocada maestra.

Peró Diego se limitó a seguirle dócilmente hasta el despacho en donde el alcalde, don Luis Basilio Quintero, hablaba con un peón que le mostraba un magnífico gallo de pelea.

—Este es el gallo que mató al rojo de pecho negro, ¿verdad?— preguntaba el alcalde al peón.

—Cierto, Excelencia.

—Fué una buena pelea... ¡Ah... ja... ja!... ¡Un buen ejemplar!... ¿Cuánto quieres por él?

—Es un pájaro muy hermoso y está bien entraiado, Excelencia... Sólo quiero cuarenta pesos.—dijo el peón, que pensaba sacar una pingüe ganancia de su gallo de pelea.

—¡Cuarenta pesos!—gritó el alcalde, que era un hombre soez, ordinario, de baja estofa y peor condición.— ¡Esteban... este estafador debe ser castigado!—ordenó, viendo entrar a su ayudante militar, sin darse cuenta de que venía acompañado.

—No... no... eso no... Excelencia... Es vuestro gallo... os lo regalo... os lo regalo... no os costará ni un centavo—se apresuró a replicar el desdichado peón que al escuchar lo del castigo se había puesto a temblar como un pingajo colgado de un árbol.

—Bien... esta actitud me gusta... y es mejor para ti... Dárselo a mis cuidadores—dijo el alcalde, y cuando el peón hubo salido, llevando en brazos el magnífico ejemplar que acababa de ceder graciosamente a su Excelencia para librarse de una

lluvia de paloa, preguntó al capitán Esteban:

—¿Quién es este caballero que viene con vos, Esteban? ¿Algún caballero recién llegado de España?

—Adivinastéis, Excelencia... de allí viene. Es don Diego Vega... hijo de vuestro respetado antecesor—contestó Esteban con voz insinuante.

El de Quintero se acercó a Diego, le tocó el traje como si fuera un buen conocedor de paños, y dijo:

—Un traje como éste ha de venir de Madrid forzosamente... No hay en todo California paño semejante... Ha debido costaros un poco... ¿verdad?

—El caballero ha venido a recibir vuestra bienvenida... no a discutir el precio de un traje, Excelencia—corrigió Esteban, dando a comprender al alcalde que no debía mostrar tan a las claras su origen plebeyo ante aquellos aristócratas que podían humillarle.

—Es verdad... perdón... Sed bienvenido, señor, y considerad esta casa como vuestra.

—Gracias, Excelencia—replicó Diego con mal disimulada ironía, puesto que aquella era la casa de sus padres y sólo con malas artes la había podido adquirir aquel hombre de aspecto repugnante.

Una dama, lujosamente ataviada, irrumpió en el despacho con parlo-

teo de pájaro, yendo directa hacia el alcalde, sin fijarse en absoluto en la presencia del que acababa de llegar de España:

—Luisa... Luisa... Ha llegado barco de España. ¡Por fin las tiendas tendrán algo digno de verse! ¡Ah!... ¡Cuántas cosas se podrán comprar ahora! Necesito...

—Plata... plata... y más plata... ¡Siempre plata!—exclamó el señor de Quintero llevándose las manos a la cabeza en un gesto cómico, al ver que su mujer se había quedado en suspenso.

Pero ésta se había interrumpido únicamente porque se acababa de percatar de la presencia de Diego y tenía fijos en él sus ojos felinos, ojos malvados, ojos de mujer madura que accecha un último destello de juventud.

—Pero, Luisa... por favor... no conozco a este caballero...—murmuró.

—Acaba de llegar en tu preciado barco de España...

—¡Ea encantador!... Por favor, capitán, ¿quiere presentarme?—dijo la dama al capitán Esteban.

—Don Diego Vega... Doña Inés de Quintero—presentó al capitán.

—Mi esposa, señor—se apresuró a decir el de Quintero, para que se reconociera su personalidad.

—Señora... saludó Diego, inclinándose para besar la mano que la dama le tendía—. Vuestra Excelen-

cia es un hombre afortunado—añadió, dirigiéndose al alcalde, con aquella gallarda galantería que había aprendido en España y que bulla en sus venas de caballero español.

—Yo no estoy tan seguro—murmuró el de Quintero moviendo la cabeza con un gesto cómico—. Inés cree que los pesos crecen en los nopales y que los puede gastar a manos llenas.

Inés no escuchaba a su marido. Se había quedado prendida en la galanura del español, como ella le llamaba ya en su fuero interno, aunque sabía que era californiano.

—¿Vos también estáis fascinada por el atuendo del viajero?—preguntó el capitán Esteban, un poco celoso del éxito obtenido por el recién llegado—. ¡Inés, por Dios, que en California hay hombres tan elegantes... y acaso más apuestos que ése!—le dijo por lo bajo.

Y volviéndose a Diego, añadió en voz alta:

—Señor... estamos abrumados por vuestra elegancia.

—No lo extrañéis—dijo la esposa de Quintero con arrumacos de chiquilla que sentaban muy mal a su bellera un poco marchita y a sus maneras de mujer madura—. Nos traéis aires nuevos y eso es siempre bello... ¡Ah... anhelo la vida que

vos habéis llevado en España! La alegría y el esplendor de Madrid... el lujo de la corte... todo eso que está tan lejos y que aquí jamás podremos tener...

—Paciencia, paciencia, amor mío, ya lo conocerás algún día—le dijo su esposo, tratando de consolarla.

—Sin duda... cuando sea vieja y fea... —murmuró ella, volviendo a adoptar posturas de muchachita ruborosa, que hacían resaltar más aún los años que la separaban de aquella juventud que en vano se esforzaba en remedar.

—Tal catástrofe nunca os ocurrirá, señora —dijo Diego con su galantería preciosa.

—¡Ah!... ¿Le oyeron? ¡Qué facilidad para decir frases bonitas!—exclamó Inés.

Pero Diego no la escuchaba en aquel momento. Acababa de descubrir, a través del cuadro de la ventana que abría sobre el jardín, una maravillosa visión: una muchacha envuelta en los grandes pliegues de una mantilla blanca que enmarcaba su rostro como hubiera podido hacer una ola decorizada en espumas en torno al rostro de Venus al surgir de las aguas.

—¡Oh!... —exclamó Diego, sin poder contenerse ante aquella belleza radiante que por un instante le había iluminado.

—¿Decías... don Diego? — preguntó Inés que, por dar la espalda a la ventana, no había visto a la muchacha.

—Nada... señora... Decía que debo marcharme a casa... para saludar a mis padres...

—¡Oh... no vais a dejarme ahora con estos bárbaros! — suspiró, mimosa, la esposa de Quintero—. Venid de compras conmigo y ayudadme a elegir... ¿Queréis? Debéis tener un gusto exquisito...

—¡Oh... callad!... Me tentáis, señora... —murmuró Diego, volviendo a oler con aire indolente su pañuelo de seda y encaje—. Adoro el tacto suave del satén... el brillo de sus delicadas y finas tonalidades... la elección de esencias y lociones... rosa... violeta... claveles... jugo de lilas... ¡Ah!... En cuanto a encajes y joyas...

—Oye, amor mío... don Diego querrá ver a sus padres—interrumpió el alcalde en este punto, pues tenía pagar demasiado cara la compañía del caballero si salía de compras con su mujer.

—Cierto... El deber es antes que el placer, señora... Excelencia... Capitán... —saludó Diego, felle de verte libre de semejante compañía.

Pero Inés le cogió del brazo y le dijo, alegre como una colegiala:

—Os acompañaré hasta el jardín...

Don Luis de Quintero los vió salir, y cuando se quedó a solas con su capitán, comentó, refiriéndose a don Diego Vega:

—Vaya... un pavo real vanidoso y frívolo que no nos causará molestias.

—¿Creéis que no?—gruñó Esteban, al que hacían muy poca gracia las atenciones que Inés dedicaba a don Diego.

—¡Ja... ja... ja!... —rió el de Quintero con su risa acoz y plebeya—. ¡El capitán está celoso! ¡El petimetre asusta al espadachín!... ¡Tocado!... ¡Ea... no hagáis alardes de esgrima ante mí!—chilló, viendo la punta de la espada del capitán tan cerca de su garganta que tuvo miedo—. No me gustan esos alardes... os puede fallar la vista...

—Es posible... —replicó el capitán, envainando su espada después de haberla esgrimido con suficiencia y maestría, como si quisiera vengar algún daño o deshacer algún entuerto.

Inés acompañó a Diego hasta el jardín y desde allí le saludó con su abanico hasta perderle de vista.

Bajo el pórtico de la casa, el amplio pórtico que produjo el estilo colonial, apareció la figura de la muchacha envuelta en los grandes

pliegues de una mantilla española, y preguntó, intrigada por aquella visita:

—¿Quién es, tía, ese caballero que acaba de marcharse?

—Tú no le conoces, Lolita... ¡Es un hombre maravilloso! — replicó Inés, exaltada.

—Me lo había figurado... Me bastó, para ello, leerlo en vuestros ojos —sonrió la muchacha.

—Cierto... ¡Maravilloso!... Ha llegado, por fin, alguien con quien poder hablar... Se viste a la última moda... Adora las sedas, los encajes y los perfumes... ¡y sabe halagar a una mujer!

—¿Cuándo me lo presentarías?— preguntó Lolita, con encantadora ingenuidad.

—¿Qué dice esta niña?— exclamó Inés, toda soliviantada—. Eres muy joven aún para hablar con muchachos como él... ¿Por qué llevas esa mantilla? No deberías usarla... ¡pareces una mujer!

—Y soy una mujer... ¡Cumpliré dieciocho años en mayo!— exclamó Lolita con un encantador mohín—. Carmen Castellano es más joven que yo y está ya casada...

—¡Carmen Castellano! — dijo Inés con desprecio—. Su abuelo era un peón... y esas gentes se casan cuando quieren. ¡Tú llevas sangre de hidalgos en tus venas! Cul-

da tus modales y tu modo de hablar... o te meteré en un convento...

Lolita bajó la cabeza, no replicó, pero en su fuero interno debió pensar que haría cuanto estuviera en su mano para que no la encerraran en un convento, cuando la vida era tan bonita y había tantas cosas bellas que admirar.

• • •

En el mismo carricoche que le había traído hasta Los Angeles siguió Diego el camino hacia la hacienda de sus padres, enclavada a unas cuantas millas de distancia de la ciudad.

Había recorrido un buen trecho, cuando les dió alcance una compañía de soldados que galopaba en la misma dirección. Al frente de ella iba un sargento que esgrimía en su mano derecha un látigo grueso como el puño de un hombre.

Diego contempló aquel látigo espantoso y exclamó, hablando al sargento:

—¡Compadezco a vuestra montura, sargento! ¡Vaya látigo pesado para el pobre animal!

—¿Crees que lo usaría con una

yegua tan buena como la que montó?—replicó el aludido—. ¡No soy tan loco! ¡Podría matarla!...

Hizo chasquear el látigo con fuerza y añadió:

—¿Vela?... ¡Ni siquiera ha movido una oreja al escuchar el chasquido... ¡Ya sabe que no va para ella!...

—Entonces... ¿para qué lo usáis?—preguntó Diego que, desde que había puesto pie en California, estaba aprendiendo cosas muy poco agradables.

—Vamos a recaudar impuestos a los peones...—explicó el sargento en tono misterioso.

—Y... ¿ese argumento es... para los contribuyentes?—preguntó Diego esbozando una débil sonrisa.

—Sólo para los morosos... ¡Ja... ja... ja!...—rió el sargento, haciendo chasquear de nuevo el terrible látigo.

—Si alguna vez soy contribuyente... no me demoraré en el pago... os lo prometo...—dijo Diego.

Y reconociendo ahora el paisaje que tan familiar le era, dió orden al cochero:

—Da la vuelta por aquí... ése es el camino de la hacienda...

—¡Adiós, señor!—saludó el sargento, que continuaba carretera adelante con sus hombres.

—¡Adiós!...

Diego se quedó pensativo, pero no tuvo mucho tiempo para reflexionar en todo cuanto acababa de ver y de escuchar, pues el coche paraba frente al pórtico de la hacienda, donde estaban esperándole su madre y los criados.

Dió un brinco y se arrojó al cuello de su madre.

—¡Madre!... ¡Madre!—exclamó con alegría, besándola repetidamente.

—¡Diego... hijo mío... mi pequeño! ¡Qué alegría!

—Madre... ¿Y tú, María?—preguntó a la negra, que había sido su nodriza y de la que nunca se había olvidado—. ¿Cómo estás? ¡Hola, Manuel!... Mira el viejo... ¡tan gordo como siempre! ¿Y tú, José?

—Bienvenido, señorito Diego.

Los criados se sentían dichosos del regreso de su señor, el que se había marchado a España niño aun y volvía convertido en todo un hombre.

—¿Y padre? ¿Dónde está padre?—preguntó Diego, abrazando a su madre por la cintura.

—Está en el despacho con Fray Felipe... Vamos; está deseando abrazarte.

Entraron los dos en la casa amplia, limpia, pulcra, en la que se veía por doquiera la mano de una

mujer que sabe amar. En cada detalle Diego reconocía la nieta de su madre, el ama de aquella casa en la que había calor de hogar.

En el despacho de su padre se escuchaba la voz gruesa de fray Felipe, el franciscano que había venido a colonizar, hacía muchos años, aquellas tierras un tanto abandonadas de la mano de Dios y donde había tanto que hacer.

—Te digo que estas condiciones que imponen ya no se pueden aguantar—decía la voz del fraile dirigiéndose a don Alejandro Vega, al que le unía una antigua y sincera amistad—. El distrito entero, desde los montes del Verdugo hasta las costas del Rey, hierve de tal forma que clama al cielo.

—Lo sé... lo sé...—replicaba la voz de don Alejandro, más calmada y serena que la del fraile.

—Lo sabes... lo sabes... Pues si lo sabéis... ¿por qué no hacer algo para remediarlo? Os estáis ahí, como pasmados, sabiendo lo que pasa. ¿Y qué hacéis? ¡Nada, nada y nada! —¿Qué puedo yo contra todos esos...?

Don Alejandro se interrumpió al ver entrar a su hijo, y exclamó con júbilo, abriéndole sus paternos brazos:

—¡Diego!

—¡Padre!... ¡Padre mío!

Se abrazaron fuertemente, en un abrazo de hombre a hombre y luego, don Alejandro, separándose de su hijo, mostró a éste a Fray Felipe.

—Padre... —saludó el muchacho, besando respetuoso la mano del fraile.

Fray Felipe, que había bautizado a Diego, le estrechó en sus brazos y le dijo:

—Bienvenido a tu casa y a mi corazón, Diego.

—Padre, he echado mucho de menos vuestros consejos en estos años—murmuró Diego, que trataba al fraile con tanta familiaridad, puesto que en sus rodillas había jugado y había aprendido a rezar.

—Sospecho que no demasiado... —sonrió con benevolencia el franciscano. Y volviéndose hacia los caballeros que estaban discutiendo con ellos en el despacho en el momento de la entrada de Diego, dijo a éste:

—¿No recuerdas a don Miguel y a don José?

—¿Cómo no!... Recuerdo a todos, como si fuera ayer que hubiera salido de esta casa. ¿Cómo están ustedes?

—¡Ah... pilluelo! ¿Has vuelto para robar más melones? —preguntó don Miguel, sonriendo a Diego—. Este bribón y mi hijo entraban en

mi huerto y se hartaban de comerse mis melones.

—¡Ja, ja, ja!...—rió Diego, recordando sus diabluras de chiquillo—. Pero Dios nos castigó, don Miguel... Sufrimos la visita del padre "dolor de barriga".

Todos rieron de buena gana, porque todos se sentían dichosos del regreso de Diego, y don Miguel, cogiéndole del brazo, se volvió a su amigo Alejandro y le dijo:

—Me parece que ahora Diego podrá hacer algo más que robar melones... Noto un buen músculo aquí...

—¡Músculo... músculo!... —murmuró la madre, descontenta—. ¡Qué hombres, no saben hablar más que de la fuerza! ¡No os habéis fijado en que está más guapo que cuando se fué?

—¡Ah, madre!... ¡Tenías que haberme visto recién llegado a España, después del viaje espantoso que sufrimos! Decían que parecía un conejo asustado.

—¡Tontos!... Estoy segura de que parecerías un ángel... —afirmó la madre, porque para ella no había en el mundo hijo más guapo que el suyo.

—¡Un ángel!—exclamó Fray Felipe—. ¡Esto es lo que necesita ahora California! ¡Pero un ángel con la espada de fuego en la mano!

—¡Por favor... dejad eso!... Die-

go no ha venido aquí para que le asesinen—suplicó la madre.

—Calla, Isabel... Ve con las mujeres y deja en paz a los hombres... Ven, Diego, siéntate y charlaremos contigo un rato—dijo don Alejandro, que esperaba grandes cosas de su hijo.

Isabel obedeció las órdenes de su marido y Diego preguntó a su padre, después de haber contemplado la expresión taciturna que se reflejaba en el rostro de los tres caballeros y del fraile:

—¿Qué es lo que sucede, padre?

—Diego, hijo mío... como ves, ya no soy alcalde... En mi lugar hay un hombre...

—¡En su lugar hay una víbora!—interrumpió con vehemencia Fray Felipe—. ¡Y de la peor ralea que he visto! ¡No sé cómo tiene siquiera forma humana... un monstruo semejante! No debieran existir esos seres sobre la faz de la tierra... ¡Que Dios me perdone!

Diego, jugando con un abanico que sacó de su bolavilla, adoptando la postura de un petimetre preocupado, atento sólo a su figura y a sus modales, preguntó a su padre:

—Veamos... en primer lugar, ¿por qué dimitiste?

—¿Dimitir? ¡Dirás que me echaron fuera!—replicó don Alejandro

a quien la actitud de su hijo comenzaba a desconcertar.

—¿Te echaron?

—Sí... amenazaron con quemar las casas de los peones... con todos ellos dentro...

—Y dejó la Alcaldía... y aquí lo tienes sentado... sin hacer nada—arguyó Fray Felipe, que se sentía con todo el empuje del Arcángel San Miguel cuando venció al dragón infernal.

—Calla, calla, Felipe, no te exaltes—suplicó don Alejandro, que siguió explicando a su hijo—: Aquí hay quien opina que debo organizar una revuelta contra el alcalde intruso... lanzar al pueblo contra los soldados... Pero aunque estuviera seguro de mi triunfo rehusaría igualmente provocar una revolución.

—¿Por qué, padre? — preguntó Diego, que no dejaba de darse aire con el abanico, como una damisela encopetada.

—Porque la ley es ley para todos, ¿comprendes? ¡No puede ser rebelde quien ha servido lealmente a su patria durante treinta años!

—¿Pues hay que terminar con semejante corrupción, sea como sea!—gritó Fray Felipe congestionado por la exaltación.

—Lo sé... pero dos males no hacen nunca un bien... Yo soy un Ve-

ga y nunca seguiré los procedimientos ilegales de un Luis Quiñero... ni yo ni mi hijo. ¿Verdad, Diego?

—No, no, claro que no, padre.—replicó Diego con indolencia, abanicándose sin cesar.

Fray Felipe y los caballeros miraron con desconfianza al muchacho llegado de España.

—¡Ah, padre, no te dije que fui directamente desde el barco hasta el palacio, creyendo encontrarte allí... y que conocí al señor Quintero y a su encantadora esposa!... ¡Los encontré muy simpáticos y agradables!

—¡Simpáticos escorpiones!... —gruñó Fray Felipe, haciendo acto seguido la señal de la Cruz para impetrar el perdón de Dios por sus arrebatos.

—El alcalde habló con gran respeto de ti, padre—siguió diciendo Diego con la misma indolencia con que hubiera hablado de una flor o de un perfume.

—Sí... hasta ahora no se ha atrevido a molestarme — aseguró don Alejandro.

—Bien... si este es el caso, si no te molesta... ¿por qué sobreexcitarse con estos calores tan fuertes que hacen aquí? ¡Ay!... ¡Ya veo que voy a echar de menos las suaves brisas de España!—suspiró Diego con remilgos de niña neurótica.

Fray Felipe, que hacía rato estaba frenético por la decepción que le producía ver convertido en una señorita a aquel muchacho del que él hubiera querido hacer un hombre fuerte y de provecho, se encaró con él y le preguntó, con toda su corpulenta persona soliviantada contra él:

—Entonces... ¿tú crees que se deben tolear la injusticia y la crueldad, siempre que no nos afecten directamente?

—¡Mi querido padre!... — murmuró Diego recostándose en el respaldo de la silla, como si fuera a desmayarse—. Tales cosas existen en el mundo y siempre existirán... hay que dejarlo todo tal como está... ¿Para qué empeñarse en cambiar el curso de la vida? ¡Ah... hay cosas más divertidas que todo esto! En España he aprendido a hacer unos juegos de manos muy divertidos... Allí hacen furor... Vais a ver... ¿Ven este abanico que está entero por completo? Pues... unos golpecitos... ¡y ya está roto! Uno... dos... tres... cuatro... cinco pedazos... Pero no se asusten... unos pocos polvos invisibles, unas manipulaciones a la vista de todos... unos golpecitos en la redonda panza de Fray Felipe... y... ¡el abanico sigue entero como si nada hubiera pasado! ¿Qué les parece? — preguntó observando con

una mirada vaga y distraída a todos los presentes, que bajaban el rostro avergonzados de aquel chico que había vuelto de España completamente idiotizado.

El único que se atrevió a formular en voz alta su opinión, fué Fray Felipe:

—Nunca creí que el muchacho a quien procuré educar, el muchacho que con mano firme sujetaba las riendas de un potro... se convirtiera en un muñeco... en un objeto de salón... ¡Bah!...

Diego sacó una cajita de plata cincelada, tomó de ella unos polvos, los olió, hizo unas muecas y estornudó estrepitosamente, secándose con elegancia la nariz con su pañuelo finísimo de holandés. Luego bostezó disimuladamente y se despidió:

—¡Aaash... qué fastidio!... Voy a intentar quitarme el polvo del viaje... ¡Adiós, señores!... Luego nos veremos, padre.

Salió Diego, y los caballeros no se atrevieron a comunicarse sus impresiones. Bajaron las cabezas como si sobre ellos hubiera caído el más espantoso castigo del cielo.

* * *

Mediodía. Cálido, tórrido mediodía. En la plaza del mercado los peones descansan. Es la hora de la siesta. Para aquel pueblo indolente, fatigado por un clima abrumador y por un trabajo impuesto brutalmente, la hora de la siesta es la hora más bella del día. Agrupados en el pórtico de la iglesia, con los grandes sombreros de paja caídos sobre la frente, inclinadas las cabezas sobre los rodillas, parecen una gran manada de borregos huyendo de los rayos abrasadores del sol. Más lejos, las mujeres que venden frutas se han recostado entre sus cestos de caña. Y bajo un grupo de nopales otros hombres de rostro moreno, sentados en cuclillas, oculta su cabeza entre las piernas, envueltos en las grandes mantas de múltiples colores, semejan flores gigantescas de un jardín tropical y exótico.

Lejano, se escucha el redoble de un tambor. Aquel ruido que ha comenzado por ser nada más que como el zumbido de una colmena, se ha ido convirtiendo en estrépito atronador. Los peones adormilados se despiertan, levantan pausadamente sus cabezas, mostrando los rostros renegridos por el sol. Ven pasar, indiferentes y lejanos, a los soldados que deben traer, sin duda, algún mensaje de la Alcaldía, pero como fijarán en la plaza el pasquín

anunciador, los peones vuelven a bajar la cabeza, indolentes, y siguen durmiendo aquella siesta que nada sería capaz de hacerles interrumpir. Igual han hecho las mujeres que están tumbadas en el suelo, entre sus cestos de caña. Y los hombres que han buscado las sombras de los grandes nopales para acurrucarse a sus pies. Todos han levantado un momento la cabeza, han mirado con una mirada vaga e inexpressiva a los soldados, y han seguido durmiendo.

Los dos soldados, precedidos de un sargento, han llegado hasta el fondo de la plaza, y allí fijan el pasquín, que dice:

AVISO A LOS PEONES

Desde hoy la uva verde no será admitida para el pago de los impuestos, sino que deberán aportar vino de buena graduación, que será cuidadosamente examinado antes de ser admitido.

Un nuevo ruido se escucha, ahora que ha cesado el redoble del tambor mientras los soldados pegan a la pared el pasquín anunciador. Parece el galopar desenfrenado de un caballo, que se va acercando con la velocidad del trueno. Sí, allá viene. Es un corcel negro y brioso montado por una figura que parece

esculpida en bronce sobre el lomo del noble bruto. Viene galopando por el camino real, entra en la plaza, se acerca a la pared donde los soldados están clavando el cartel, y, con la punta de la espada, el caballero lo arranca de un golpe certero y grita a los soldados que se han quedado paralizados por el terror:

—¡Quietos donde estáis! ¡Poned esto ahí! ¡Vamos, daos prisa, bandidos!... ¡Y ahora largo... largo de aquí... pronto!

Les ha dado un cartel que los soldados han pegado en lugar del otro y, como se han visto amenazados por una espada blandida por una mano ágil y segura, han huido despavoridos, mientras el caballero misterioso, el hombre que ha llegado como el rayo y que como el rayo ha desaparecido, corre al galope de su caballo por senderos extraviados.

Los peones se han puesto en pie como movidos por un resorte, se han acercado en masa hacia la pared donde está el cartel misteriosamente fijado en ella, y han leído con la sorpresa y el entusiasmo reflejado en sus ojos:

¡PEONES!

Si queréis acabar con la tiranía a que os tienen sometidos, seguid-

me y ayudadme. ¡He venido a salvaros!

EL ZORRO.

—¡El Zorro!

—¡El Zorro!

—¡El Zorro!

Así... como reguero de pólvora, ha corrido de boca en boca aquella palabra. El Zorro es el vengador. El Zorro es el que ha venido a salvarlos. El Zorro será, desde hoy, su protector y su amigo...

• • •

El Zorro... Pronto ha corrido la voz por toda la ciudad y se ha extendido por todo el territorio de California. El Zorro es un ser misterioso, legendario, prodigioso. Nadie ha hablado con él. Pero muchos han sentido o la mano de su justicia o el amparo de su misericordia. El Zorro ayuda al débil y castiga al fuerte. El Zorro es el enemigo del opresor y el amigo del oprimido. Bendicen al Zorro los humildes. Le maldicen los que, por miedo a él, no pueden seguir cometiendo las villanías y los abusos

que hasta ahora cometían en la más completa impunidad.

Luis e Inés Quintero han oído hablar de El Zorro, pero no le han visto aún, y, por tanto, todavía no le tienen miedo. Por esto viajan sin escolta, en un coche tirado por cuatro caballos, a toda rienda, corriendo por los polvorientos caminos de la California apenas colonizada.

—No comprendo el motivo de este estúpido viaje—murmura Inés, que no va a gusto con su marido, porque se siente al lado de él tan aristócrata que la vulgaridad del esposo la molesta y conturba—. ¡Y, además, sin escolta, con tantos enemigos como tenemos en el país!

—Si viajo sin escolta, mis razones tengo para ello—replica el marido, sonriendo maliciosamente.

—Supongo que tengo derecho a saberlas.

—Mira...—dice él, mostrando una bolsa que saca de los pliegues de la capa—. ¡Oro! Un agente del Banco de Madrid saldrá a nuestro encuentro y llevará esto a España... para nosotros... ¿comprendes?

—¡Claro! ¡Estúpida de mí!—rse Inés—. Llevando escolta tal vez...

—... sí, nuestro amigo Rataban se hubiese enterado de esta transacción y hubiera reclamado su parte.

—¡Eres maravilloso para los negocios, querido mío!—asegura

Inés, que sólo está cariñosa con su esposo cuando escucha el tintineo del oro.

Pero... ¿qué pasa? Los caballos se han detenido de pronto. Un hombre enmascarado, jinete en un magnífico caballo negro, ha cortado las riendas de un tajo certero con su espada y, abriendo la portezuela del coche, ha amenazado, clavando la punta de la misma en el cuello del señor Quintero:

—¡No os mováis si apreciáis vuestra vida!

—¡Un bandido!—exclama el alcalde, palideciendo.

—Tengo malas noticias para Vuestra Excelencia... He tenido el gusto de beber unos tragos con vuestro agente del Banco de Madrid... A causa del vino el hombre ha perdido un tanto la discreción... Un hombre que bebe no es digno de confianza, Excelencia... yo actuaré por él... entregadme esa bolsa. Está bien... Y vos, señora... dadme esa bagatela que lleváis colgando de vuestra preciosa garganta—añadió, tocando con la punta de la espada el magnífico collar de valiosos brillantes que Inés lucía en torno a su cuello.

—¿Os atreveréis a robar a una mujer?—preguntó Inés, defendiendo su joya.

—Temo no poder ser galante, señora.

—¡No osaréis tomarla! — gritó Inés, cubriendo la joya con sus manos.

—Me disgustaría tener que señalar vuestra adorable mejilla... Así está mejor—dijo el enmascarado, al ver que la dama se desprendía de la joya y la depositaba en sus manos—. Esta vez, Excelencia—añadió, dirigiéndose al de Quintero, que no salía de su asombro—, sólo me llevo vuestro dinero... La próxima vez... ¡Ja, ja, ja!—rió, pasándole el filo de la espada tan cerca del cuello que el de Quintero sintió la frialdad del acero helarle la sangre en sus venas.

Pero ya el bandido se había alejado a todo galope, dejando únicamente como rastro de su presencia señalada la portezuela del coche con una Z.

—¡El Zorro!...—exclamaron a un tiempo los esposos Quintero, aterrorizados.

Aquella misma noche estaba el alcalde en su despacho, escribiendo a la luz de las bujías, cabizbajo y taciturno por el mal encuentro que aquella tarde había tenido y que le había esquilimado su capital de la manera más impensada y absurda que jamás hubiera podido soñar, cuando le pareció que una som-

bra se movía en un rincón de la estancia.

Pero no, debían ser sospechas tuyas... Seguramente era el aire el que había apagado una de las bujías, se dijo, mirando en torno suyo con terror, cuando, cortada rápidamente por el filo de una espada la mecha de otra bujía, ésta se apagó también.

—¡El Zorro!—exclamó, con un grito ahogado, el señor Quintero.

—El mismo—replicó éste, apareciendo ante el de Quintero, enmascarado el rostro por un pañuelo negro que sólo dejaba ver el brillo de unos grandes ojos negros que fulguraban como ascuas de un volcán.

—¡El Zorro!...—volvió a decir el alcalde en voz tan baja que pareció el último gemido de un moribundo.

—¡Qué quietud hay aquí, Excelencia!... Me gusta esta habitación... Es muy tranquila—dijo El Zorro, acercando la espada cada vez más al rostro espantado del alcalde.

—¿Qué... qué queréis...? — preguntó éste, temblando.

—Un ratito de conversación, si llegamos a un acuerdo... ¿No creéis que el clima de España os sentaría muy bien?—preguntó, sin apartar ni una pulgada el acero que rozaba el cuello del desdichado Quintero.

—¿Por qué decís eso?

—Porque vais a ir allí... o a cualquier parte, aunque no os pruebe—ordenó El Zorro con energía—¿Por qué os decidís? — preguntó, apretando sólo un poquito la punta de la espada en la garganta del alcalde.

—Por... España...—murmuró éste sin atreverse casi ni a hablar, por temor de que el menor movimiento produjera su degüello.

—Habéis hecho buena elección... Ahora nombrad vuestro sucesor... ¿Qué opináis de don Alejandro Vega? Tiene experiencia... — sugirió El Zorro, mirando fijamente, con aquellos ojos brillantes que eran como una amenaza, al hombre al que tenía dominado bajo su poder.

—¿Qué... qué... qué me importa a mí...!—balbució el de Quintero.

—Nada... ¡claro!... Pero al pueblo tal vez le interesa algo... Cuando hayáis dimitido vuestro cargo... nombrado a don Alejandro Vega vuestro sucesor...

—Como gustéis...—se sometió el de Quintero, acuciado por el terror.

Con la gallardía que le sentaba tan bien al enmascarado, trazó rápidamente sobre la pared una Z zigzagante, mientras decía:

—Este signo os impedirá olvidar que estuve aquí... y que puedo volver... Ahora cerrad los ojos...

—¿Qué vais a hacer?—preguntó con pánico el alcalde.

—Ya lo veis... os cubro los ojos con un pañuelo y os apunto la punta de mi espada en el cuello... Así no podréis moveros ni gritar, si no queréis perecer—dijo, mientras dejaba la espada que había descolgado de la pared apoyada en una gran caja de ébano que había sobre la mesa escritorio, para que el de Quintero sintiera constantemente la punta del acero amenazándole la garganta mientras El Zorro huía por el mismo lugar misterioso por el que había entrado.

El capitán Esteban encontró al alcalde en aquella situación inexplicable, y corriendo a su lado, le preguntó, extrañadísimo:

—¿Qué es esto? ¿Acaso intentáis suicidaros? ¡Hablad! ¿Qué ha pasado?

Le destapó los ojos, le quitó la espada amenazadora y le interrogó con inquietud.

—¡Ha... ha venido... ha estado... aquí...! ¡Ah, Esteban, Esteban!... ¡Ha... ve... ni... do...!

—¿Pero quién ha venido?

—¡El Zorro!

—¡Bah, ridículo miedo! Aquí no puede haber entrado nadie. Hay centinelas en todas las puertas — afirmó Esteban, yendo a cerciorarse por sí mismo de si los centine-

las habían visto entrar a alguien en el despacho de Su Excelencia. Todos aseguraron que no.

—¿Lo veía? Aprensión, pura aprensión y miedo, nada más que miedo—afirmó Esteban.

—¿Y esto, qué es? ¿Aprensión? ¿Miedo? ¡Vamos, decid!—gritó el alcalde, mostrando el signo que El Zorro había dejado marcado en la pared.

—Y... ¿por dónde diablos habrá entrado?—inquirió Esteban, rindiéndose a la evidencia, ante aquel signo que forzosamente tuvo que convencerlo.

—¡Yo qué sé! Obligación vuestra es averiguarlo.

—¿Y qué fué lo que os dijo?

—Que me vaya a España y deje a Vega en mi puesto.

—¡Ah! Me parece que comienzo a ver claro el juego de ese... Zorro... El Zorro es un caballero... Un granuja vulgar no tendría ningún interés por Vega.

—Sea quien sea... estarías bien lucido si yo tengo que irme a España—arguyó el de Quintero, que la única satisfacción que tenía era pensar que aún quedaba más fastidiado Esteban que él mismo.

—Y vos perderíais cincuenta mil pesos al año—replicó éste, que también disfrutaba haciendo sufrir al que llamaba su amigo.

—De nada me servirían después de muerto... A vos os doy un tercio de mis ganancias por protegerme... ¡y vaya una protección la que me prestáis! Ni siquiera habéis sabido impedir que ese bandido entrara en mi casa...

—¡Pero lo encontrarán!... Os lo prometo... Y mientras tanto pondré una muralla de hombres que vigilen de día y de noche... No quiero que os maten... *mi querido Luis...*

En aquella misma hora, Lolita, la sobrina que los Quintero tenían en su casa, estaba en la capilla del palacio, postrada a los pies de la imagen de la Virgen, implorando su piedad y maternal protección.

—Virgen bendita...—rezaba la encantadora criatura—, haz que me saquen pronto de esta casa... Madre mía celestial, envía un hombre digno que me quiera... que sea bueno y honrado y valiente... y que me saque de esta casa e impida que tía Inés me encierre en un convento... Te lo suplico, Virgen mía...

Embebida como estaba en sus oraciones, la niña no se dio cuenta de que de la sacristía salía un hombre cubierto con el hábito franciscano que, al verla, se quedó agazapado en la sombra, la contempló con sus ojos negrísimo, brillantes como carbunclos, y, echándose la capucha sobre el rostro para no ser

descubierto, avanzó en actitud recogida hacia ella, fingiendo perfectamente ser un fraile de verdad.

—Fray Ramón...—murmuró Lolita, yendo al encuentro del franciscano fingido.

—No soy Fray Ramón, sino Fray Pablo, de la Misión... Precisamente he pasado la tarde con Fray Ramón... ¿Descúbale algo?

—Padre... he pedido a la Virgen que no me lleven al convento... ¿La puedo haber ofendido con mi petición?

—Quien la ofende es quien piensa meteros en él—replicó en serio como el fraile.

—No os entiendo — murmuró la niña, que no estaba acostumbrada a oír hablar de aquel modo a un servidor de Dios.

—Quiero decir que una joven como vos...—replicó el falso fraile, reportándose—, será más útil fuera de un convento que encerrada en él.

—¿Y podré servir a Dios en el mundo?

—A Dios se le sirve en todas partes... La Iglesia, hija, mía, aconseja que se tome estado según la vocación de cada cual... ¿me comprendéis?

—Sí, padre... Supongo que os referís al matrimonio — dijo Lolita,

bajando la frente un poco ruborosa.

—Sí, sí, a eso me refiero... Si no os sentís con vocación religiosa, debéis casaros.

—A la Virgen le estaba pidiendo un esposo bueno, que supiera quererme—confesó Lolita con ingenuidad infantil.

—¿Eso le pedíais?... ¡Magnífico! —exclamó con entusiasmo el fraile postizo—. Es muy natural que desearis casaros, hija mía — añadió, dulcificando el tono y bajando cada vez más la cabeza a fin de que la capucha le cubriera totalmente el rostro para no ser descubierto.

—Sí, padre... yo, yo deseo un esposo que me libere de...

—¿De qué?—inquirió él, viendo que la chiquilla se detenía.

—Venid, padre, sentaos a mi lado y os contaré mis cuitas. Tengo necesidad de desahogar mi pecho... Necesito vuestro consejo... Quiero dejar este palacio feo y triste y ser libre... divertirme... tratar con la gente... Aquí no viene nadie jamás, todo el mundo evita esta casa, como si fuera un lugar apesadado...

—¿Y por qué?—inquirió el hombre, mirando de reñón el precioso rostro de aquella criatura que estaba tan confiadamente sentada a su lado.

—Porque odian a mi tío Luis...

Yo creo que hay algo malo en su comportamiento, indigno tal vez... ¿Qué creéis vos?

—Yo creo que si la gente odia a vuestro tío... sus razones debe tener—afirmó el fraile volviendo a su tono recio y en desacuerdo con su humilde actitud.

—Entonces... acaso deba alegrarme de que mi tía quiera llevarme a un convento.

—¡No, no!—exclamó con viveza inusitada—. Es decir... quizá vuestra tía piense que ese ambiente es mejor para una joven...

—¿Tía Inés?—rió la chiquilla—. ¡No! ¡No lo hace por guardarme! María dice que está celosa... celosa de mí por... porque... no soy fea...—confesó, poniéndose roja hasta la raíz del pelo.

—María tiene una vista excelente—dijo él, mirando a la muchacha con entusiasmo, porque así, sofocada como estaba, parecía una rosa abierta mostrando toda la hermosura de su cáliz.

—Gracias, padre... pero sólo María me encuentra bonita—confesó la niña, siempre ingenua y franca.

—¿Bonita? ¡Sois luminosa y radiante como una mañana de junio!

—¿Lo decís de verdad? Pero... nunca oí palabras semejantes... no sois igual que Fray Ramón... ¡Ah! —gritó, asustada, viendo aparecer

bajo el hábito del monje algo brillante y acerado: la punta de una espada—. ¡Sois un impostor!... ¡No sois un fraile! ¡Lleváis espada! Y esas palabras... esas modales...

Lolita se interrumpió porque acababa de entrar en la capilla su tía Inés seguida de un grupo de soldados. Llegaba Inés sobreexcitada y nerviosa, y saludó al fingido fraile:

—Buenas noches, Fray Ramón...

Luego, dirigiéndose a su sobrina, le dijo:

—Lolita, ven, date prisa. Te he estado buscando por todas partes... ¿Qué susto me has hecho pasar! El Zorro ha tenido la osadía de entrar en nuestra casa... y debe encontrarse merodeando por estos alrededores... ¡Ah... si llega a encontrarte! ¡No quiero pensar lo que hubiera sido de ti!... ¡Vamos, pronto... ven de prisa!—insistió Inés, mientras Lolita, con una vaga sonrisa, miraba admirada a aquel fraile con el que había estado conversando tranquilamente... y que llevaba una espada bajo su hábito franciscano.

Se adelantó hacia su tía, saludando brevemente al fingido fraile.

—Fray Ramón... cierre la puerta al salir—le recomendó Inés—. No vaya ese bandido del Zorro a robar el Altar.

El fraile se inclinó respetuosa-



—Médica e la corteza do biquil



—Soy el pastor Esteban: Pacoaf.



—Um trafo como esse ha de venir da Madrid
forçadamente.



—Senhora



...acababa de descubrir una maravillosa violón...



—Pues hay que terminar con semejante corrupción.



¡El Zortol!



¡y ahora... largo de aquí...



...corre al galope de su caballo...



—¿Me creéis que el clima de España
me sentaría muy bien?



—La bolsa, hoy, es para mí.



...y burló una y otra vez la persecución
de los soldados...



—Hace mucho rato que estoy aquí.



—No era el tipo de hombre que le gustaba.





— ¡Por de pronto, cuánta detención.



— Porque la niña, señor — repuso Lolita,



— ¿Será capaz de amenazar lo que decís?



— ¡Pé! — ¡No está del todo mal!



...pronta se dió cuenta de que se fue hablando con un hombre...



Las fuerzas estaban muy ligadas...





...le partió el corazón.



—¿Por qué me arresta, Excelencia?



—Abre la puerta!



— ¡ahí tenía a vuestro Zorro...



— ¡Ma Mundo! La hora de la justicia!



— ¡Gefieros! ¿Estáis escarraigos?



— ¡Díazov! ¡Viva don Alejandro!



— Para salvaros de las iras del pichilo, yo mismo
os acompañaré hasta al morir.

mente, sin desplegar los labios, pero sus ojos negros y brillantes siguieron atentos a la mirada que Lolita le enviaba, mirada llena de admiración, de sorpresa, de entusiasmo, que él supo agradecer en todo lo que valía.

Los guardias recorrían el jardín de la Residencia en todas direcciones, en busca de aquel hombre fantasma que había osado llegar hasta el despacho del alcalde, y una de las patrullas vió salir de la capilla a un fraile con la capucha muy caída sobre el rostro. Bajo el hábito algo se desprendió y cayó al suelo, y uno de los soldados se agachó a recogerlo, diciendo al fraile:

—Padre... se os ha caído...

No tuvo tiempo de terminar. El fraile había desenvainado la espada y con la punta había recogido lo que estaba en el suelo: su máscara negra con la que se cubrió el rostro rápidamente, blandiendo en todas direcciones la espada para librarse de aquellos que le habían reconocido:

—¡El Zorro!... ¡El Zorro!... ¡Aquí está!...

Pero El Zorro había saltado la tapia, montado en su caballo negro y galopaba a través de la oscuridad de la noche, llevando más luz en el corazón que la más radiante mañana de junio, porque los ojos de Lo-

lita se habían fijado en él con admiración y ternura y porque los labios de la niña no le habían denunciado. Desde aquel momento tenía una cómplice... ¡y qué deliciosa complicidad la suya!...

* * *

Los peones, agrupados en el despacho de la Alcaldía, iban depositando sobre la mesa, a medida que les iban nombrando, el impuesto que les correspondía satisfacer, según la asignación que les estaba señalada.

—Ernesto Romero, tres pesos... Joaquín Valdés, tres pesos... Manuel Villa... cuatro pesos... Sebastián Moreno... así iba llamando a cada uno de ellos el soldado encargado del cobro, y los peones, titubeando algunos, pero sin decir palabra, depositaban la cantidad exigida.

—José Gómez, nueve pesos... —dijo el soldado.

Avanzó un pobre viejo tembloroso que se paró ante la mesa y replicó, con los ojos abiertos por el espanto:

—¿Nueve pesos? ¡Yo no puedo

pagar esto! Si os doy nueve pesos no me quedará un centavo para mantener a mi familia... No puedo pagar... mi hijita...

El soldado blandió el látigo que tenía sobre la mesa, amenazador y terrible, y gritó:

—¡Nueve pesos... o...!

—No... no me peguéis... no me peguéis... os daré lo que exigís.— sollozó el pobre viejo depositando en la bolsa de cuero los nueve pesos exigidos.

El capitán Esteban entró en aquel momento y ordenó al soldado:

—Basta por hoy... Dadme la bolsa a mí para que la entregue al señor alcalde.

Cogió Esteban la bolsa y de pronto se hizo un silencio sepulcral y todas las manos se alzaron en alto. Esteban volvió la cabeza para ver qué ocurría, y sus manos se alzaron también, sosteniendo en una de ellas la bolsa. El Zorro, enmascarado con su antifaz negro, estaba ante ellos amenazando con su pistola.

—La bolsa, hoy, es para mí...— dijo. Se apoderó del dinero y, dando un salto ágil por la ventana, desapareció en la arboleda, donde montó en su caballo, partiendo a un galope desenfrenado.

—¡A caballo todos! ¡A caballo

todos!—gritó Esteban cuando pudo recuperar la palabra, que había perdido por el estupor que le produjo la presencia del Zorro, de aquel ser fantástico en el que le costaba creer, pero cuya existencia, desde hoy, ya no podía negar.

Salieron los soldados en persecución del fugitivo. El Zorro no les llevaba gran ventaja, pero tenía la astucia del animal del cual había tomado el nombre y burló una y otra vez la persecución de los soldados que pisaban casi los cascos de su caballo.

Se adentraba en el bosque para despistarlos; volvía a salir al camino para que le siguieran; entraba de nuevo en el bosque y hacía caracolear su caballo por entre los árboles y logró así despistar a los soldados, consiguiendo saltar del caballo, esconderse entre unas matas, deshacerse allí de su máscara y salir tranquilamente, con su indolencia y su aburrimiento, convertido en Diego Vega, en aquel muchacho petimetre, al que los verdaderos hombres desdeñaban, porque más parecía una señorita que un caballero.

Sonriendo misteriosamente, Diego entró en la capilla donde estaban rezando los criados, guiados por Fray Felipe, las últimas oraciones de la noche, y, desfilándose

silenciosamente a través de la nave, entró en el despacho del fraile y allí le esperó pacientemente.

Cuando Fray Felipe, terminado el rezo, entró en su despacho, Diego, sin moverse de su ailla, le dijo:

—Buenas noches, padre... Estaba muy aburrido en casa y al recordar que soy un buen jugador de ajedrez, me dije: iré a que me enseñe Fray Felipe... a mover los peones... —y puso mucha intención diciendo aquellas palabras.

—Diego... ¿qué significa esto? ¿Cómo os atrevéis a...?—preguntó Fray Felipe, que guardaba un extraño rencor hacia aquel muchacho al que había educado y en el que tenía puestas tantas esperanzas.

Un grupo de soldados, el que había perseguido más de cerca al Zorro, entró turbulentamente en el despacho del fraile.

—Perdonad, padre... estamos persiguiendo al Zorro... Le vimos cabalgar hacia la Misión...

—¿El Zorro... decís?—preguntó Fray Felipe, lanzando una mirada de soslayo a Diego, que no se había inmutado lo más mínimo.—¿Qué ha hecho ahora?

—Lo suficiente para ahorcarlo... ¿Le habéis visto?

—¿Al Zorro? No... He estado hasta ahora en la capilla, y no le

he visto—replicó Fray Felipe, volviendo a mirar a Diego.

—¿Y vos, señor Vega?—inquirió el soldado, que conocía bien a Diego Vega.

—Hace mucho rato que estoy aquí... quizá dos horas... He venido a jugar una partida de ajedrez con el padre... Es algo aburrido, pero ¿qué se le va hacer, si aquí todo es tan aburrido!—replicó Diego, bostezando sin disimulo.

—¿Y no habéis visto al Zorro?—insistió el soldado.

—¡Dios me libre de semejante horror!—exclamó Diego, haciendo la señal de la Cruz, como si le hubieran hablado del diablo.—Me da frío sólo pensarlo...

—Andando... a registrar el jardín—ordenó el soldado a sus hombres.

—¡Bah!... ¡Muefeco!...—rezongó Fray Felipe, desdeñoso, dirigiéndose a Diego, que se había quedado en la misma postura, imperturbable y aburrido.

—¿Qué decís, padre?... ¡Reportaos, por Dios!—suplicó Diego, con voz de niño mimado.

—Cada vez que pienso que un hombre, sin ayuda de nadie, se ha enfrentado con esos miserables... y te veo a ti, el último de los Vega, temblando a la sola mención de su nombre... siento que la sangre me

hierve en las venas y que... ¿Pero es que ni siquiera quieres escuchar lo que digo?—preguntó el padre, viendo que Diego no le hacía el menor caso y que cogía algo de detrás de la imagen de la Virgen, donde lo había ocultado.

—De ordinario os oigo con toda atención, padre; pero ahora no puedo perder el tiempo... Tomad, esconded todo esto... *fruto de la rapiña*—dijo Diego, sonriendo misteriosamente y subrayando mucho su última frase.

—¿De la rapiña?... —repitió el fraile, mirando la bolsa llena de oro que Diego había puesto en sus manos. —¿Pero qué es esto?

—Parte del oro del alcalde... y esto es el collar de su simpática esposa... ¿Bonito, verdad? ¡Y valioso!

—¿Se lo has robado?—preguntó Fray Felipe en el colmo de su estupefacción.

Diego sacó de su bolsillo el pañuelo negro con que se enmascaraba para pasar desconocido, se lo puso en el rostro, dejando sólo asomar sus ojos negrísimo y brillantes a través de los agujeros hechos en él, y preguntó a Fray Felipe:

—¿Me conocéis, padre?

—¡El Zorro!... ¡El Zorro!... —exclamó Fray Felipe con una incon-

tenible alegría, abrazando cordialmente al muchacho.

—¡Ja, ja, ja!—rió éste con todas sus ganas. —Mi antiguo maestro, mi mejor amigo, no tiene más talento que los demás... ¡Ja, ja, ja!

—Bien... pero no pretenderás el que me haga depositario de cosas robadas —murmuró Fray Felipe, mirando la bolsa y el collar que tenía en sus manos.

—No, padre... sólo quiero que seas distribuidor... Este oro ha sido robado a los peones... y debemos restituirselo...

—Bien, bien, Diego... ¡Muy bien! ¡Así me gusta verte! ¿Vas a sublevar al pueblo contra esos escorpiones, verdad?

—No, padre... Nada podemos hacer solos contra la tropa; mi padre tenía razón. Pero debemos quitarle al alcalde el poder de alguna forma... Quitarle el oro no es bastante...

—No conseguiríamos nada con ello, ya que otro igual que él ocuparía su puesto.

—Padre... yo haré que no sea otro igual que él quien ocupe su puesto.

—¡Bravo, muchacho!... Diego... no debes engañar a tu padre, como le has estado engañando hasta ahora—aconsejó Fray Felipe.—Díselo... debe saber la verdad...

—Perdonadme... pero no puedo seguir vuestro consejo... Por ahora debo seguir engañándole. Mi padre es un defensor de la ley y del orden... Si supiera mi modo de proceder no lo aprobaría y podría estropear mis planes.

—Pero no vas a poder hacerlo todo tú solo... Necesitarás ayuda—arguyó Fray Felipe.

—No... no... Escuchad: espero poder persuadir al alcalde para que se vaya y nombre a mi padre en su puesto... ¿Qué os parece? ¿Divertido, no es cierto?

—Si sobrevives, sí. ¡Ja, ja, ja!—rió el buen fraile, dejando que toda su voluminosa humanidad temblara con aquella carcajada que le salía espontánea del fondo de su ser.

Diego Vega, El Zorro, siguió al pie de la letra el plan que se tenía trazado, y como buen guerrero pensó atacar la fortaleza que quería vencer —léase el alcalde— por los flancos —léase Inés—. Era aquella mujer terreno fácil y abonado para cualquier empresa, y Diego no vaciló en lanzarse al asalto con la tranquilidad y la sangre fría del que está seguro de su triunfo.

Así, con aquella indolencia y aburrimiento con que se presentaba bajo su caracterización de Diego Vega, llegó al palacio del alcal-

de y, siendo introducido por un criado en el amplio salón, se dejó caer en una poltrona y esperó pacientemente.

La voz del alcalde y la del capitán Esteban no le sobresaltaron y cuando el alcalde, al verle allí cómodamente instalado, preguntó con enojo:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién es usted?

El muchacho contestó sin inmutarse:

—Soy Diego Vega, Excelencia... Como vuestra Excelencia me dijo que considerara esta casa como la mía propia...

—¿Lo dije? ¡Ah... no lo recordaba!—gruñó Luis Quintero, disgustado.

—Sois muy cumplido al recordar la oferta de su Excelencia—añadió el capitán Esteban con aquel retintín con que hablaba siempre que se dirigía al petimetre, en el que había todo el desprecio de su superioridad—, pero no pensasteis que su Excelencia está siempre muy ocupado.

—No... no vengo a molestar a su Excelencia... He recibido una esquela de doña Inés pidiéndome que la acompañara esta mañana... la he enseñado a los centinelas... y por eso me han dejado entrar.

Al alcalde le dió un ataque de

risa al ver la cara agría de Esteban al escuchar aquellas palabras. Esteban salía con su esposa todas las mañanas. Y era él el perjudicado directamente por el desplante que hoy le daba Inés. Aquello le provocaba una hilaridad que no podía contener, mientras Esteban procuraba vencer sus celos, su rabia, su humillación tras una estudiada sonrisa de cortesana.

Diego, paseando lentamente a lo largo de la estancia, preguntó, como si no le importara gran cosa la respuesta que pudieran darle:

—Dídmelo, Excelencia... ¿por qué hay tantos soldados alrededor de vuestra casa? He visto más de una compañía de guardia...

—¡Aun no me parecen suficientes! —replicó el alcalde, en tono misterioso.

—Tanta guardia a mi alrededor alteraría mis nervios —aseguró Diego, oliendo coquetamente su pañuelo de muselina.

—A mí me los tranquiliza... Os voy a enseñar una cosa para que comprendáis... Mirad... —dijo el alcalde, acercándose a la pared en la que El Zorro había dejado señalada con la espada su inicial, aquella Z zigzagante que todos conocían bien.

—¡Virgen Santísima! ¡El signo

del Zorro! —exclamó Diego con gran asombro, persignándose.

—Estuvo aquí la otra noche... me amenazó de muerte... y dejó ese signo para que no me olvidara de que un día puede volver... —explicó el alcalde con los ojos todavía llenos de terror por el recuerdo de aquel momento de pánico que El Zorro le había hecho pasar.

—Excelencia, me asustáis... Ese hombre debe estar loco de remate —murmuró Diego.

—¿Lo creéis así?

—¡Sin duda alguna! Hubo un caso igual en Madrid... a poco de llegar yo... Usaba, como marca, una cruz... Era un perturbado. Los tipos como ése siempre lo son... Asesinó a cuarenta personas cortándoles el cuello de oreja a oreja... Primero los avisaba... y luego... ¡zas! —explicó, con un expresivo gesto.

—¡Callad, por Dios! —suplicó el alcalde en el paroxismo del terror.

—Es una pena que... el sentido del deber... os retenga aquí, Excelencia —comentó Diego, sin dejar de pasear contoneándose y agitando entre sus dedos el magnífico pañuelo que despedía un exquisito perfume, muy femenino y delicado —Temerario sois, pardiez.

Inés, maravillosamente vestida de amazona, entró a interrumpirles y, sin hacer caso de su marido, toda

entregada a la ilusión de pasear a caballo en compañía de tan elegante caballero, se dirigió a Diego para decirle:

—Lamento haberos hecho esperar, don Diego... Esteban habrá estado impertinente con vos... ¿no es cierto? Le prometí la mañana a él... pero he preferido salir con vos...

—Gracias, señora... Vuestra invitación ha sido una sonrisa del cielo. ¡No sabía cómo acabar con el aburrimiento!

—Pues vamos a galopar... ¡Estoy ansiosa de libertad! Hasta luego, Luis, que no trabajas mucho.

Salieron Inés y Diego, y el alcalde, volviéndose a Esteban, le dijo muy preocupado:

—Vega acaba de contarme un caso horrible que ocurrió en Madrid... de un loco igual que El Zorro... Dice que corrió un gran riesgo permaneciendo aquí...

—¡Bah... olvidad vuestro miedo por un momento!—replicó Esteban, que despreciaba al alcalde por su cobardía indisimulada—. Tengo un plan fantástico, escuchad. Don Alejandro Vega es el jefe de los caballeros... El Zorro quiere que os marchéis... y que restituyáis en su puesto a don Alejandro... ¿Es extraño, verdad? ¿No se os ha ocurrido pensar que ese Zorro es ins-

trumento de don Alejandro y sus caballeros para amedrentaros a vos?

—Quizá sea como decís... Pero, ¿cómo probarlo?—preguntó el de Quintero, interesado en la conversación de su ayudante militar.

—Intentando aclarar la situación.

—¿Cómo?

—Uniéndonos con don Alejandro

—insinuó Esteban.

—¡Esto es imposible! ¡Vega nos detesta!—exclamó Luis Quintero, enfadado por aquel plan descabellado.

Pero Esteban sonrió irónicamente y replicó, muy insinuante:

—Vega, sí... pero Lolita necesita un marido... y un matrimonio bien concertado podría aliar a las dos familias... Las familias guardan la paz con el matrimonio... y las naciones logran magníficas alianzas a través del lazo matrimonial...

—Diego... Lolita... ¡no está mal!—murmuró el alcalde, sonriendo complacido—. Me gusta la idea...

Mientras los dos hombres maquinaban aquel plan, Inés y Diego, después de haber galopado por el bosque, se habían sentado a descansar a la orilla del río, viendo deslizarse a sus pies su mansa corriente. Diego había sabido elegir el lugar: paisaje romántico y bello, inspirador de sentimientos maravi-

hosos... Era lo bastante para aquella mujer ridícula y tonta que no había sabido envejecer con el paso de los años y se seguía creyendo una muchachita deliciosa.

—¡Ah, Diego! — suspiró Inés, después de haber escuchado una larga plática del de Vega, llevada sabiamente a enderezar la conversación al terreno que a él le interesaba—. Hablar con vos es igual que beber agua fresca en el desierto...

Diego la contempló un momento en silencio y, luego, suspiró:

—¡Ah... qué lástima!

—¿Qué, Diego? — inquirió ella, envolviéndole en una mirada provocadora.

—No... no... no debo hablaros de tal cosa—se resistió él.

—¡Hablad... por Dios! ¿Qué queréis decirme? — ofreció ella, muy coqueta.

Diego procuró disimular una mirada de desprecio y de burla que quiso asomarse a sus ojos, y, continuando el papel que se había impuesto, replicó:

—Iba a deciros que aquí no lucen vuestra belleza y encanto... ni la maravilla de vuestra conversación... ni vuestra incomparable simpatía... Vos habéis nacido para brillar en lugares más civilizados que esta provincia escondida y lejana.

—Tenéis razón... ¿Puedo confesa-

ros una cosa?—preguntó ella, halagada por las palabras del muchacho.

—Podéis confiar en mí... decidme todo lo que pensáis.

—Diego... Esteban quiere que abandone a mi esposo y vaya a España con él...

—¡No debéis hacer esto!—exclamó Diego prestamente, al ver que sus planes podrían ser malogrados por aquella mujer más tonta que mala.

—Aquí me muero de tedio y de nostalgia—arguyó ella, muy romántica.

—Id a España... pero no con Esteban...

—¿Con quién... pues? — inquirió Inés, ilusionada.

—Con vuestro esposo—contestó Diego, implacable.

—¿A España, la romántica, la bella, la ilusionadora España con... con... con ese hombre?—murmuró ella, decepcionada.

—Dejad que os explique — dijo Diego, dulcificando el tono, al darse cuenta de que había dado un paso en falso queriendo precipitar las cosas—. La esposa del que fué alcalde de Los Angeles, sería muy bien recibida en la corte... pero la compañera de aventuras de un soldado sin fortuna como Esteban... sería al punto desterrada...

—¡Comprendo, Diego! ¡Qué inteligente seas! Pero Luis, en la corte, con su facha y sus modales...

—Mirad... en España, el marido de una mujer adorable no desdice a su lado...

—Pero... yo no tengo amigos en Madrid.

—¡Quién sabe! —replicó Diego, estrechándole levemente la mano, que retenía entre las suyas—. Yo no he de quedarme para siempre en California...

Y, haciendo un verdadero sacrificio, como un acto heroico, acaso más heroico que los que acometía bajo su disfraz de El Zorro, Diego besó la mano de aquella mujer que se ofrecía a él y a la que él deseaba para hacerla sólo instrumento de sus planes.

Luis Quintero puso manos a la obra rápidamente. La idea lanzada por Esteban le parecía de perlas. Si lograba casar a Lolita con Diego tenía asegurado su puesto de alcalde para toda la vida. Por esta razón fué a visitar a don Alejandro a su despacho y, sin ambages, con aquella burda claridad con que exponía las cosas, le dijo:

—Don Alejandro, hasta ahora hemos sido enemigos, pero quisie-

ra hacer una alianza con vos y acabar de una vez para siempre con el malestar que nos separa: ¿que os parece que vuestro hijo Diego se case con mi sobrina Lolita?

—Lo que me proponéis es imposible, señor—replicó el caballero con dignidad.

—¿Y si doto a la chica con veinte mil pesos? —insinuó Quintero, que imaginaba que en la vida todo se compraba con oro.

—No —contestó don Alejandro secamente.

—¿Y veinticinco mil?

—No vendo a mi hijo por todo el oro del mundo.

—¡Ah, señor Vega... hay que considerar el lado práctico de las cosas y desechar esos romanticismos de raza, tan pasados de moda! —exclamó Quintero.

—No se trata ahora de eso... Habéis venido a mi casa a la luz del día, en misión amistosa... según me habéis dicho al entrar... pero venís acompañado por un puñado de soldados... ¿Por qué?—preguntó el de Vega, frunciendo el ceño.

—No es por vos, don Alejandro... ¡Es por el Zorro! —explicó Quintero, mirando a todas partes con pánico, porque le parecía que la sombra de aquel fantasma le seguía por doquiera.

—¡Bah... el Zorro es vuestra pe-

sadilla! Mientras todo el distrito está esquilado por vuestra vil administración, no pretendáis que yo lo olvide con una boda que alle nuestras familias—dijo Vega con decisión, poniéndose en pie para dar por terminada aquella entrevista que tan enojosa le estaba resultando.

—En tal caso ha cesado mi actitud amistosa hacia vos. La guerra que nos tenemos declarada continuará más encarnizada que hasta ahora—gritó Quintero, exasperado por haber fallado en sus planes.

—¿A qué viene toda esta zaragata y estos gritos? —preguntó la voz de Diego, que entraba en aquel momento en el despacho de su padre, con su andar indolente, dándose aire con el pañuelo, como si el calor le sofocara de veras—. Buenas noches, Excelencia, ¿a qué debemos el honor de vuestra visita? —añadió, saludando al alcalde.

La señora Vega, que había asistido en silencio a la entrevista sostenida por su marido y el alcalde, explicó a su hijo:

—Su Excelencia ha venido a ofrecernos a su sobrina Lolita para que se case contigo...

—¿Vuestra sobrina?... —preguntó Diego, abriendo tamaños ojos al recordar la belleza exquisita de aquella criatura sin par—. ¡Muy

halagüeño para mí, Excelencia! Pero no debe provocarse una discusión en un día tan caluroso como hoy...

—Deja que te explique, Diego—murmuró don Alejandro.

—Su padre se agravia por mis esfuerzos en convertir a los habitantes del distrito de California en más trabajadores que cuando él gobernaba...

—...y por eso lanza a los contribuyentes a la pobreza y a la desesperación—interrumpió don Alejandro con vehemencia—. Para llenar vuestras arcas, queréis...

—¡Oh, padre, os lo suplico, no discutáis de política ahora! ¿Qué tiene que ver la política con mi boda?—murmuró Diego, sentándose indolentemente en una butaca.

—No vas a decirme que quieres casarte con...

—¿Por qué no?... ¡Claro que antes necesito conocerla... no vaya a parecerse a su tío!

—Tenéis razón—afirmó Quintero. Pero se turbó al darse cuenta de que se ponía en ridículo, y añadió, precipitado—: Lolita es una dulce avechilla... Nos apenará mucho verla que abandona nuestro nido para ir a formar uno nuevo...

—¡Tal vez esa chica sea bella como Venus!—exclamó don Ale-

jandro dirigiéndose a su hijo—
¡Pero él es su tío!...

—Después de todo, padre... yo
no he de casarme con Su Excelen-
cia...

—Diego, hijo... ¿no comprendes
que el desco de tu padre en este
caso debe ser respetado?—imploró
la madre.

—Pero madre... si yo no intervi-
ne en la boda de mi padre... ¿por
qué ha de inmiscuirse él en la mía?

Lula Quintero rió la gracia de
Diego, mientras sus padres cambia-
ban entre sí una mirada de sor-
presa y de dolor.

—Ha estado muy gracioso... muy
gracioso...—dijo Quintero—. ¿Que-
réis cenar con nosotros esta noche?
—invitó a Diego.

—Encantado—replicó el hijo de
los Vega.

—Pues os espero a las ocho...

Cuando el alcalde hubo salido,
don Alejandro Vega miró a su hijo
con profundo desprecio y salió de
la habitación sin decir palabra.

—Diego... Diego... ¿qué es lo que
vas a hacer?—suplicó la madre que,
como mujer y como madre, estaba
siempre dispuesta a perdonar las
debilidades de su hijo.

—No te preocupes, madre... No
creas que soy un loco... Sé lo que
voy a hacer... créeme... —replicó

Diego, besando a su madre en la
frente.

A las ocho en punto la familia
Quintero se hallaba reunida en el
salón esperando a su huésped. A
Inés no le hacía ninguna gracia que
a su esposo se le hubiera ocurrido
la idea de aquella boda. Lolita, en-
cantadoramente vestida con un tra-
je blanco que realzaba el candor de
su belleza morena y cálida, estaba
nerviosísima, y Lula Quintero se
paseaba arriba y abajo en espera de
la llegada de su futuro sobrino,
cuando un criado entró a anunciar
que el señor don Diego Vega ha-
bía llegado.

Diego venía vestido con una irre-
prochable elegancia. Su traje de
seda blanca, de calatrón largo muy
ceñido al cuerpo, su casaca adorna-
da con encajes que le llenaban el
pecho de volantes perfumados, el
pañuelo en una mano y el monócu-
lo en otra, le hacían aparecer como
el árbitro de los petimetres, de los
muchachos estúpidos y presumidos
que sólo piensan en su persona y
que quieren únicamente destumbrar
por su belleza, que poco tiene que
ver con la belleza viril.

Lolita le miró con desdén quan-
do se lo presentaron. ¿Qué poco se
parecía aquel muñeco de seda y en-
cajes al hombre a quien ella había
conocido en la capilla una noche

inolvidable y cuya visión no se había borrado de su mente!

—Me perdonaréis mi retraso...— se excusó Diego, después que hubo saludado a todos con reverencias muy estudiadas—, pero el agua del baño estaba demasiado caliente y tuve que esperar unos minutos mientras se enfriaba y la perfumaban... ¡Ah... la vida hay que saborearla!, ¿no lo creéis así?

Lolita, a la que iba dirigida esta pregunta, no contestó, fingiendo no haberse dado cuenta de que era ella la interpelada.

—Bien... Vamos a cenar... Venid, Diego, por aquí—dijo Quintero, cogiendo familiarmente del brazo a su futuro sobrino.

Se sentaron en torno a la mesa. A Diego, naturalmente, le colocaron al lado de Lolita que permaneció en silencio, con el rostro ensombrecido por la tristeza, porque no era aquél el tipo de hombre que a ella le gustaba, ya que su ideal era aquel otro hombre, el que había encontrado en la capilla una noche...

Diego hacía alarde de su ingenio de muchacho mundano. Mostró todas sus habilidades haciendo juegos de manos maravillosos, y mientras Inés le reía todas las gracias, Lolita sentía pesar sobre ella toda

la tristeza de una realidad que despreciaba.

Terminada la cena, la música, que había amenizado toda la comida con rasgueo de guitarras y bandurrias, comenzó a tocar bailes, los bailes típicos del país y de la época.

Diego hablaba al alcalde:

—¡Ah... Excelencia! ¿Queréis proveerme de una escolta armada para mi regreso a casa? Al venir aquí presentía a ese asesino del Zorro saliendo de las sombras... Estaba bastante nervioso y no quisiera volver a pasar el miedo que he pasado...

—¡Ay... qué angustia!—exclamó Lolita, burlona y desdenosa hacia aquel mequetrefe que confesaba su cobardía como si fuera una gracia.

—Por lo que veo no aprobáis mi conducta, señorita—dijo Diego, inclinándose a ella.

—Es porque habéis llamado asesino a su héroe—comentó Inés.

—¿Es posible que el Zorro sea... vuestro héroe? ¿Lo habéis visto alguna vez?

—No; jamás vi su semblante. Pero admiro su valor—confesó Lolita.

—Lanzarse, sable en mano, sobre la gente, no tiene gracia ninguna... Es de hombres de otras épocas...

—¡Hombres de otras épocas...

E L S I G N O D E L Z O R R O

eso es lo que parece el Zorro... y eso es lo que deberían ser muchos! ¡Hombres de otras épocas!.. El solo, como un león, en medio de un rebaño de corderos asustados que se someten a cualquier tiranía... ¡Eso es un hombre!

—No comprendo vuestro entusiasmo por esa clase de hombres—murmuró Diego, indiferente.

Y volviéndose a Esteban, que estaba dando estocadas con su cuchillito de postre a la manzana que tenía en su plato, le dijo:

—Capitán, estáis tratando a esa fruta como si fuera un enemigo...

—...o un rival...—concluyó Esteban, mirando altivamente a Diego, que no dejaba de flirtear abiertamente con Inés.

—Mi gran Esteban no pierde ocasión de batirse con alguien—explicó Luis Quintero que estaba orgulloso de su ayudante militar—. Por algo fué profesor de esgrima en Barcelona...

—¡Qué agotador!.. ¿Y por qué lo dejasteis?—preguntó Diego, haciendo un nuevo juego de manos con su pañuelo.

—Tuve la mala suerte de herir a un hombre de influencia... y me mandaron a California...

—Alguna dama debió andar por medio—comentó Quintero.

—¿La esposa del personaje?—

preguntó, con fingida inocencia, Diego.

—Es cierto... ¿cómo lo habéis adivinado?—replicó Esteban.

—La costumbre de adivinar... Rara vez me equivoco...

Inés, que veía iban a enzarzarse en una discusión peligrosa los dos hombres, interrumpió la conversación preguntando a Diego:

—¿Qué pasos conocéis de la nueva danza, don Diego? Supongo que todos, ¿verdad?

—Puede ser...

—Me gustaría que me los enseñaseis...

—Encantado—dijo Diego, levantándose y ofreciendo galantemente su mano a Lolita.

Inés se mordió los labios con despecho, pero cuando su sobrina murmuró:

—Tía Inés disfrutará más que yo bailando con vos...

Ella se apresuró a replicar:

—¡Pero niña!.. ¿Qué estás diciendo? Vamos, baila con don Diego... Será encantador veros bailar a los dos juntos...

Salieron a bailar. Hacían, realmente, una pareja deliciosa. El amplio traje blanco de Lolita se abría como la corola de una flor irreal y magnífica a cada vuelta del baile, y sus piecitos se movían ágilmente, siguiendo todos los pasos

del bailarín que extremaba en torno a su pareja su destreza y arte. Era un bojero gracioso y movido el que estaba bailando. Momentos había en que los pies del bailarín seguían a los de la muchacha en un ritmo acelerado y loco, obligándola a aumentar cada vez más el vertiginoso volteo.

Al terminar el baile, cuando los dos rostros quedaron uno frente a otro, sofocadas las mejillas, brillantes los ojos, anhelantes los labios por la exaltación de la danza, la muchacha, sonriendo encantadoramente, dijo a su caballero:

—Jamás soñé que este baile fuese así, tan bello, tan interesante...

Diego agitó su pañuelo de encaje, lo olió con cansancio, miró indiferente a la muchacha y replicó con indolencia y aburrimiento:

—Yo lo encuentro demasiado fatigoso para este clima...

—¡Oh!...—exclamó Lolita, ofendida—. ¿Querréis dispensarme?... Estoy fatigada.

Y en un revuelo de volantes de su falda, dió media vuelta y entró en la casa sin dar las buenas noches.

—¿Qué ha pasado?—preguntó el de Quintero, mirando a Diego con sorpresa.

—No sé... Ha dicho que estaba

fatigada... Yo también lo estoy un poco.

—¿Habéis tomado en serio el plan matrimonial, don Diego?—inquirió Inés, que no podía disimular los celos que ello le producía.

—¿Por qué no? Es perfecto... Así vos y yo podremos satisfacer vuestros deseos... y marchar a la corte española... Excelencia, tenéis una sobrina muy bella, exquisitamente bella—añadió en voz alta, dirigiéndose al de Quintero— ¿Podré atreverme a pedir os su mano? Una negativa me destrozaría el corazón.

—Es vuestra para toda la vida... y desco que sois muy felices—replicó Luis Quintero, orgulloso de haber vencido a su enemigo.

Lolita se había encerrado en su habitación y, vistiéndose una bata, peinaba su cabello antes de acostarse, cepillándolo con cuidado para que no perdiera aquel brillo suave que podía competir con el satén de su vestido, cuando de pronto, una rosa recién cortada cayó sobre la cola de su bata.

La cogió sobresaltada y corrió al balcón, preguntando, sin miedo:

—¿Quién hay ahí?... ¡El Zorro!—exclamó, entre alegre y medrosa, al ver aparecer ante ella la figura del enmascarado cuyo valor admiraba.

E L S I G N O D E L Z O R R O

—Perdonad, señorita... pero he venido a haceros una confesión—dijo el Zorro avanzando hacia ella.

—Marchaos... corréis peligro... os prenderán si os encuentran... la casa está muy vigilada...—suplicó la muchacha, empujándole suavemente hacia el balcón.

—Tengo que hablaros... es preciso...

—¡Oh... por favor... escondeos ahí!—suplicó Lolita, oyendo que llamaban a la puerta de su cuarto.

El Zorro se escondió a la sombra del balcón inundado por las tinieblas de la noche y la muchacha fué a abrir la puerta: era su tío Luis.

—Escúchame, sobrina—le dijo, en un tono de reproche—. ¿Cómo te has atrevido a dejar plantado al hombre a quien te he concedido en matrimonio?

—¿Habéis hecho eso sin consultarme?—preguntó Lolita, dolorida.

—Desde luego... ¿Qué sabes tú de estas cosas? Ya es tiempo de que te... Pero, ¿quién hay ahí?—inquirió, escuchando un ruido sospechoso tras la cortina del balcón.

—Nadie... nadie...—se apresuró a decir Lolita, llena de angustia, retrocediendo, de espaldas al balcón, para defender al Zorro.

Luis Quintero se asomó un mo-

mento y sonrió, yendo hacia la puerta:

—Perdona, pequeña... soy un viejo loco... Aun no he aprendido a saber que las mujeres arregláis esas cosas mucho mejor que nosotros... Los asuntos del corazón son vuestra especialidad... Buenas noches, nena...

La dejó sola y perpleja, porque no comprendía lo que quería decirle, y al volverse para suplicar al Zorro que se marchara, se encontró a Diego que le sonreía exquisitamente.

—¿Vos?... ¿Qué hacéis aquí, en mi habitación? ¡Marchaos en seguida!—gritó Lolita indignada.

—Tengo algo importante que deciros y no quiero ser interrumpido—contestó él, poniéndose el antifaz negro un momento.

—¡Ah... vais a querer hacerme creer que sois el Zorro, impostor!—exclamó ella, desdeñosa—. No quiero escuchar ninguna de vuestras historias estúpidas... Salid de aquí...

Diego se acercó a la puerta, cerró con llave, y, volviéndose a Lolita, le dijo, insinuante:

—Gracias por haber seguido el consejo que os di en la capilla...

—¿En la capilla?...

—Sí... Gracias por no haber ocultado vuestra belleza maravillosa en un convento...

—¿Qué estáis diciendo?—inquirió la niña, asombrada al escuchar aquellas palabras.

—Sois más hermosa, más radiante que una mañana de junio—murmuró él, repitiendo sus propias palabras.

—Oh... no... no puede ser verdad... ¡Vos!... ¡Vos, el Zorro!—exclamó Lolita, con una inefable sonrisa en los labios.

—Sí, Lolita... ¡El Zorro!... Y he de conseguir mis propósitos, aunque tenga que desilusionar a muchas personas... incluso a vos...

—¡El Zorro! — exclamó Lolita, como en sueños—. Es cierto... sois vos... y comprendo lo que ahora queréis decirme... Habéis venido a desengañarme, a decirme que lo del matrimonio no es más que una farsa para conseguir vuestros fines...

—¡No!... ¡Eso no, Lolita! ¡Esto es lo único cierto de esta mascarada!—afirmó Diego, besando dulcemente el pelo de la chiquilla que caía abundante y lustroso sobre sus hombros.

—¡Lolita!... ¡Lolita! — llamó la voz de Inés, desde la puerta de la habitación.

—Es mi tía... huid...—suplicó la niña, angustiada por los repetidos golpes que Inés daba en la puerta.

—¿Podré verte mañana? — preguntó Diego.

—¿Mañana?... Sí, sí... pero ahora vete... vete... te lo ruego.

—¡Hasta mañana, mi vida!—gritó Diego, saltando ágilmente por el balcón y perdiéndose en las sombras nocturnas.

Lolita abrió la puerta a su tía Inés, que la miró extrañada:

—¿Qué te pasa? Te encuentro turbada, nerviosa, excitada... ¿Has llorado?—preguntó Inés.

—Sí... he llorado—replicó Lolita, para ocultar de algún modo el alborozo de su corazón.

—Lo comprendo... Esa boda ha sido cosa de tu tío... Un hombre así no corresponde a tu ideal... no es digno de tu cariño...

—¿Lo crees así, tía Inés?—inquirió Lolita en tono irónico.

—Sin la menor duda... He visto lo que te ha hecho esta noche y mi corazón sangraba por ti, hija mía... Haré ver a tu tío lo absurdo de esta boda... Puedes contar con mi apoyo—dijo Inés, mintiendo una falsa protección.

Lolita, después de haber reflexionado unos momentos, con la cabeza baja y sin mirar a su tía para que ésta no leyera en sus pupilas la alegría de su corazón, murmuró:

—No sé ni qué decir, tía... No quisiera disgustar a tío Luis que tan bueno ha sido conmigo...

—¡Pero niña! Eso no le da de-

recho a exigirte que destruyas tu propia vida — arguyó la astuta mujer.

—Es verdad... un marido semejante no es el ideal que yo me había forjado... pero puede que... que llegue a tolerar a Diego... y así puedo complacer a tío Luis—murmuró Lolita, divirtiéndose en el juego al que se había lanzado.

—Eso es querer exagerar la gratitud hacia tu tío, querida sobrina... No queremos que sacrifiques tu vida a un hombre que te es repulsivo... Mañana seguiremos hablando de esto... Buenas noches, Lolita.

—Buenas noches, tía...

* * *

En la hacienda de los señores de Vega se esperaba impacientemente el regreso de Diego que, contra la voluntad de sus padres, había ido a cenar en compañía de los Quintero, de aquella gente indeseable que se había apoderado del mando del distrito y que era el azote del país.

—¡Más de media noche y aun no ha vuelto a casa!—murmuró don Alejandro consultando su reloj y mirando extrañado a su esposa que leía apaciblemente, sin mostrar la menor señal de impaciencia—. ¡No sé cómo puedes leer!

—Estoy mirando estos figurines europeos... ¡Son muy elegantes! Creo que le llaman polisón...

—¿Polisón? ¿Qué es un polisón?

—Un adorno que las señoras se ponen ahora... aquí...—indicó la señora Vega, señalando vagamente su parte posterior.

—¡Ah... las mujeres! Nuestro hijo único está entre las garras de esas alimañas venenosas que son los Quintero... y tú pensando en adornarte... eso... —murmuró don Alejandro con un malhumorado gruñido.

En aquel momento entró Diego, y el padre descargó sobre él sus iras.

—¡Al fin has llegado!... ¿Por qué no te has quedado toda la noche con... tus distinguidas amistades?

—Padre... es adorable... una deliciosa criatura... te encantará conocerla—replicó Diego, sonriendo al solo pensamiento de los encantos de Lolita.

—¿Que me encantará conocerla? ¿Qué es lo que has hecho? ¿Qué has convenido con esa gente?...

—Pues... nada... sencillamente... he tomado las primeras medidas para convertirme en abuelo—replicó Diego, sin dejar de sonreír.

—¡Ah... majadero! —gruñó don Alejandro, dando un portazo.

La señora Vega se quedó miran-

do a Diego y, tras un breve silencio, le dijo sin enojo:

—Una alianza con esa familia es algo horrible, hijo mío... ¿Por qué has hecho eso?

—Por una razón muy poderosa, madre —afirmó Diego, poniéndose serio.

—¿Cuál?

—Lolita Quintero, madre...

—¿Tanto te atrae esa muchacha?

—Más aun que eso, madre... El primer día que la vi sentí que...

—Pero... ¿La conocías ya?—preguntó la señora Vega con extrañeza—. Creí que hoy era el primer día que la veías...

—Madre... conocí a Lolita hace mucho tiempo... sólo que...

—Alguna cosa ocultas tras tus pensamientos, Diego... estoy segura...—murmuró la señora de Vega con su instinto de mujer y su comprensión de madre.

—Ve a dormir, ahora, mamá...—suplicó Diego, que no quería confesar la verdad hasta que el momento hubiera llegado.

—Muy bien, hijo mío... pero te ruego que me digas... en cuanto te sea posible... eso que ocultas ahí dentro —suplicó, besándole la frente.

—Te lo prometo, madre—aseguró Diego.

Pasaron los días. La población

californiana estaba asombrada de las múltiples y audaces hazañas efectuadas por el Zorro que se iban haciendo cada vez más peligrosas y más atrevidas y que eran comentadas por todos con entusiasmo. Naturalmente, con entusiasmo por aquellos que se sentían defendidos por el personaje legendario y misterioso, y con vilipendio por los que por él se sentían ultrajados.

Luis Quintero, el alcalde, vivía en constante desasosiego, y a Esteban, su cómplice y confidente, le ocurría lo mismo, pues había acabado por temer alguna agresión directa de aquel hombre llamado "El Zorro", al que no había visto nunca, pero cuya justicia había palpado en más de una ocasión.

El cobro de impuestos cada día se hacía más difícil, porque el Zorro evitaba que se cometieran atropellos con los peones y obligaba a los que querían hacer cumplir la ley por la fuerza a retribuir a los desdichados lo que era suyo y nada más que suyo.

Más de una vez el encargado de ir a cobrar impuestos a algún poblado lejano, no volvía más y los fondos recaudados desaparecían en la misteriosa mano de "El Zorro".

Aquella vez le tocó el turno al sargento González, el cual apareció muerto, al pie mismo de la muralla

del jardín del alcalde, llevando en su pecho grabado el signo del Zorro, la Z zigzagueante que se había hecho famosa y temida en todos los contornos.

Luis Quintero estaba aterrizado.

En cambio los peones bendecían el nombre de su protector desconocido, y sentían renacer en ellos la fe y la confianza en Dios que, en su infelicidad, habían perdido un tanto.

Fray Felipe era el encargado de distribuir entre los peones el dinero que El Zorro apresaba, sin que éstos, naturalmente, supieran la procedencia de aquellas dádivas.

Venían a la Misión agradecidos y contentos, y, muchas veces, se empeñaban en darle a Fray Felipe una limosna para su iglesia, que éste rehusaba y que, si se veía obligado a aceptar para no herir susceptibilidades de aquellas gentes sinceras y humildes, pasaba a engrosar el caudal que para ellos mismos guardaba.

Un día en que, después de la visita agradecida de un peón que había tenido gravemente enferma a su hijita y había sido larga y dablemente socorrido por Fray Felipe, estaba éste guardando en el arca el óbolo que el agradecido bracero había traído, fué sorpren-

dido por el capitán Esteban que iba en visita de inspección para ver si lograba descubrir las extrañas maniobras de aquel Zorro al que él, en su fuero interno, había clasificado como instrumento de don Alejandro Vega.

—¡Ah... padre! — exclamó Esteban con reticencia viendo a Fray Felipe con el arca llena de oro entre sus manos—. Parece que he llegado en el momento oportuno... No sabía que tuvierais tanto dinero... ¡Venga esa caja!

—Esto son los fondos de la Misión... ¡Son propiedad de la Iglesia! — defendió Fray Felipe, cubriendo el arca con sus manos.

—Eran de la Iglesia... Ahora son mías... Dadme eso...

Le separó con un brusco manotazo y hundió su mano codiciosa entre las monedas de oro que hacía tintinear con un sádico placer. Sus dedos se enredaron entre el collar de la alcaldesa, que él bien conocía.

—¡Voto al diablo!... ¿Qué es esto?... ¿Dónde lo habéis hallado? ¿De dónde lo habéis cogido?—preguntó Esteban, mirando enfurecido al clérigo.

—No os diré nada... No arrancais de mí ni media palabra...—replicó Fray Felipe, resignándose a recibir el castigo, fuera el que fuese, con tal de no descubrir al Zorro.

—Eso lo veremos... Tenemos métodos muy convincentes para hacer cantar a los valientes. Por de pronto quedáis detenido... ¡Vamos!—ordenó Esteban, obligando a sus hombres a que detuvieran al fraile que les siguió sin oponer la menor resistencia, invocando a Dios para que la justicia fuera reconocida y castigada la maldad, aunque él, en aquella empresa, tuviera que perecer. No quería ni pensaba en su bien... sino en el del pueblo... y en el Zorro, que bien merecía las bendiciones del cielo.

Mientras esto ocurría en la Misión, en la hacienda de los de Vega, don Alejandro conminaba a su hijo para que abandonara aquel plan de enlace matrimonial que había de unirle a la familia Quintero.

—¡Por última vez te lo digo!—gritaba el padre, exasperado ante la impasibilidad de su hijo—. Si te casas con esa joven te echaré de mi casa.

—Tal vez sea bastante divertido vivir con los Quintero... —musitó Diego, irónicamente.

—¡Ah... ojalá te hubiera dejado en España! No me hubieras dado los disgustos que me estás dando ahora...

—Espera a conocerla, padre, para juzgar... Es igual que un capullo de rosa...

—¡No la veré nunca! ¡No quiero verla!—gritó don Alejandro fuera de sí.

—La señorita Quintero...—anunció un criado en aquel momento.

—Diga que no estamos en casa—ordenó el señor Vega.

—Yo quiero conocerla, Alejandro... Dígale que pase — corrigió suavemente la esposa.

—¿También tú me desafías?—preguntó don Alejandro, iracundo.

—Nadie pretende molestarte, Alejandro... Pero no podemos juzgar a la ligera, sin ver con nuestros propios ojos...

Lolita llegó acompañada del criado, y saludó con una gentilísima sonrisa. Diego la presentó a sus padres:

—Es Lolita Quintero... Mis padres...

—Es para mí un gran honor conocerles... pero, por favor, perdonadme—dijo Lolita, que venía muy pálida y excitada—. ¿Sería posible verte a solas un momento, Diego?

—Señorita... antes de que habléis con él deseo haceros una pregunta...—dijo don Alejandro, enfrentándose con aquella criatura que, en efecto, era tan bella como un rayo de sol en el cielo del amanecer.

—Podéis hacerla, señor.

—¿Queréis casaros con mi hijo?

EL SIGNO DEL ZORRO

—Sí, señor —repuso Lolita, sin-
cera e ingenua.

—¿Por qué?

—Porque le amo... señor... —ase-
guró la chiquilla, mirando enamo-
rada a su prometido.

—¡Oh!... —exclamó don Alejan-
dro, llevándose las manos a la cabe-
za, y saliendo de allí para no ocu-
par más desatinos.

La madre de Diego acarició la
mejilla de Lolita, y sonriéndole con
simpatía le dijo, para quitarle la
mala impresión de la actitud de su
esposo:

—Diego me ha dicho la verdad...
sois igual que una flor que se abre
a la primera caricia del sol...

Cuando Lolita se encontró a so-
las con Diego le dijo, anhelosa, in-
quieta, asustada:

—Diego... ha pasado una cosa te-
rrible... ¡Han arrestado a Fray Fe-
lipe!

—¿Qué?... —preguntó Diego,
dispuesto a salir en defensa de su
amigo.

—Dicen que es el Zorro... y
quieren ahorcarlo...

—¡Ave María Purísima!... ¿Dón-
de le tienen?

—En el calabozo del palacio...
Diego... ¿podrás hacer algo por él?

—preguntó Lolita, angustiada.

—No lo sé aún... Oye, Lolita...
hasta hoy sólo he asustado a tu

tío... El momento de hacer algo
más... decisivo... ha llegado, ¿en-
tiendes? Pero, suceda lo que suce-
da... nada podrá separarnos... ¡por-
que te quiero!

Unas horas más tarde, Luis
Quintero, que entraba siempre en
su despacho con recelo y pánico
desde aquella noche en que fué mis-
teriosamente visitado por el Zorro,
abrió cautelosamente la puerta y
dió un grito de terror:

—¡Centinela!... ¡Cogedle!... ¡Co-
gedle!... ¡Está sentado en esa silla!
—dijo, mostrando una silla de muy
alto respaldo por encima del cual
subía la nubecilla de humo de un
cigarro.

Se precipitaron los soldados a
coger al causante de aquel susto,
y Diego Vega se enfrentó con Quin-
tero, diciéndole con su indolencia
habitual:

—¡Esto ya es demasiado, Exce-
lencia! He venido a visitar a mi
prometida... no la encuentro en
casa... y por si fuera poco... me
apresan estos rufianes... ¿Qué sig-
nifica todo esto?

—Dejadnos—ordenó Quintero a
los soldados, que salieron, cerran-
do la puerta tras sí.

—¿Dónde está Lolita, Exce-
lencia?—preguntó Diego, premioso.—
Nadie parece saberlo...

—¿Qué sé yo dónde está? Pa-

acando... galopando... yendo de compra... haciendo cualquier tontería de esas que hacen todas las muchachas a su edad...

—Así, debo admitir que mi prometida se pasea por estos contornos sin protección alguna, mientras vos estáis guardado por un centenar de guardias... Debo protestar por ello, Excelencia... Debéis comprender la razón que me asiste.

—No quiero discutir ahora... Han pasado cosas terribles... ¿Sabéis que el Zorro tenía un cómplice? —explicó Luis Quintero, bajando un poco la voz, como si temiera ser escuchado por algún diablo.

—¿Es posible? ¿Y quién es? —preguntó Diego, con la más absoluta indiferencia.

—¡Un fraile!

—¡No!

—Sí; le han detenido hoy... Y otra cosa horrible ha sucedido esta mañana. El sargento González fue atravesado por la espada del Zorro... El mismo lo echó por la pared, ante mis propios ojos...

—¿Qué osadía!... Pero eso es poco para González—murmuró Diego.

—Por favor... no está el tiempo para chanzas —suplicó Quintero, que estaba sobremanera excitado—. Quizá ese loco esté por ahí, en algún rincón, a punto de atacarnos... ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo ha-

cer? He ofrecido recompensas hasta 20.000 pesos para que le apresen, vivo o muerto... ¡y nada! Nadie consigue dar con él.

—Quizá haya cambiado de opinión ese Zorro... Quizá haya decidido cortarle el cuello a... a otra persona... Pero me parecéis un tanto nervioso, Excelencia... ¿Por qué no bebemos una copita de coñac?

—¿Coñac? Sí, es verdad... pero no está aquí... donde suelo tenerlo siempre... Estoy servido por criados idiotas y vigilado por soldados estúpidos...

—Excelencia... admiro enormemente vuestro valor... y vuestra fortaleza—murmuró Diego pasándose indolentemente—. Un hombre más débil que vos, olvidaría sus deberes civiles y... dejaría todo esto en otras manos... para ir a vivir a lugares más tranquilos y seguros...

—¿Habéis llamado, Excelencia?—preguntó un criado que había acudido a la insistente llamada de Quintero.

—Sí... servidnos coñac.

—Una situación semejante—siguió diciendo Diego sin hacer caso de la interrupción—hubiese acabado conmigo en menos de una semana... Pero es que yo no poseo vuestros nervios, Excelencia...

El criado volvió a entrar desfavorido:

—Señor... señor... venid... venid en seguida... ¡Ha ocurrido algo terrible en la bodega!

Luis Quintero bajó al sótano, acompañado de los guardias: todas las barricas estaban abiertas, el suelo inundado de vino y en cada barrica estaba marcado el signo del Zorro.

—¡El Zorro!—gritó Luis Quintero poseído de verdadero espanto—. ¡El Zorro ha estado aquí... bajo mi mismo despacho!

—Mirad, señor... ahí están sus huellas...—dijo uno de los soldados, mostrando las huellas de unos pasos que acababan en la pared—. Ha debido filtrarse a través del muro.

—¡Oh!... ¿Es un ser humano... o un...? Vamos, vamos, alumbrad para que salga de este infierno... y vosotros no os mováis de aquí hasta hallar la salida por donde ha huido ese bandido—gritó el alcalde, subiendo de nuevo a su despacho con la frente sudorosa de angustia y el pánico reflejado en sus ojillos de cerdo.

Diego seguía paseando sin inmutarse, y el alcalde se acercó a él, ansioso, diciéndole casi sin poder hablar, porque el temblor lo convulsionaba:

—Diego... Diego... Diego... tenéis razón... dejaré este sitio maldito y me iré lejos, muy lejos de aquí...

Dadme papel... pluma... ¡Ah, voy a redactar mi dimisión!... Un hombre debería hacer caso siempre a su esposa... Inés está deseando marcharse a Madrid... Nos iremos a Madrid... complaceré a esa maniática... sí... sí...

Iba escribiendo mientras hablaba, y Diego miraba por encima de su hombro, sonriendo satisfecho, lo que iba escribiendo.

—Ya está... mi renuncia... y el nombramiento de don Alejandro Vega para que me suceda...—murmuró Quintero, secándose el sudor de su rostro.

—Falta la firma...—indicó Diego.

—¿Qué firma?—preguntó el capitán Esteban, entrando, desafiador, en el despacho.

—Es mi dimisión, Esteban... El Zorro me matará si sigo aquí...

—Tal vez, si no firmáis, os mate él... Pero estad seguro que si firmáis ese papelucho os mataré yo...

—replicó Esteban, rompiendo en mil pedazos el documento que Quintero acababa de redactar—. ¿Queréis llevaros el oro fuera de aquí, verdad? Si osáis tocar un solo peso de lo mío... ¡estad seguro que os degollaré sin compasión, como a una simple gallina!—amenazó Esteban, jugando con su espada en torno al cuello del alcalde.

—Por favor, capitán, reportad

vuestro lenguaje — suplicó Diego, desdeñoso—. Su Excelencia odia oír hablar de degollamientos.

—¡Callaos, petimetre!... ¡Debería degollaros también a vos!

—¿Qué feliz coincidencia! — exclamó Diego, mirando fijamente a su adversario—. Yo quería hacer eso mismo con vos, capitán.

—¿Seríais capaz de sostener lo que decís, muñeco imbécil? — preguntó Esteban, creyendo que se las había con un chigarabís sin importancia.

—Es muy posible... si tuviese un arma... pero ya veis... estoy desarmado—murmuró Diego, con fingida timidez.

—Por favor, caballeros... esto ha ido demasiado lejos—suplicó el alcaide.

Esteban descolgó de la pared una de las espadas en ella colgadas y la entregó a Diego, diciéndole:

—Tomad... un campeón... ¡y vaya campeón!—dijo.

Diego comprobó el temple del acero, e imitó al capitán en sus filigranas de exhibición, pues llegó a cortar, tan rápidamente que no se apartó un ápice de su centro, la vela que tenía a su lado, y comentó, indiferente:

—Pasaé... ¡no está del todo mal!

Comenzó el lance. Esteban pensaba que sería cosa de juego desha-

cerse de aquel mequetrefe, pero pronto se dió cuenta de que se las había con un hombre que manejaba por lo menos casi tan bien como él la espada... y aun se hubiera atrevido a decir que mejor.

El torneo se hacía interesante. Las fuerzas estaban muy igualadas. Esteban era un buen espadachín; pero Diego no le iba a la zaga. Su entrenamiento en la Escuela Militar de Madrid, su fama bien adquirida y el manejo que había ejercitado bajo su disfraz de "El Zorro", le hacían un adversario temible. Esteban se echaba a fondo a cada estocada, y el otro se limitaba a parar los golpes, sin atacar, porque quería fatigar a su adversario para tener luego sobre él mejor ventaja.

Luis Quintero, que había comenzado dando voces y pidiendo auxilio, se interesó pronto por aquel encuentro magnífico, que no podía igualarse a ninguna de las peleas de gallos a las que tan aficionado era, y miraba a los dos combatientes con sus ojillos pequeños y astutos, murmurando, complacido al ver el juego magnífico de Diego:

—El espadachín encontró su rival... tenemos un héroe... no lo parecía ese chiquillo disfrazado con sedas y encajes... ¡Bravo, bravo, bravo! ¡Magnífico!

Esteban había conseguido aco-

rralar a Diego, y éste, dando un traspié, se vió obligado a poner una rodilla en tierra.

—¿Estáis cansado, Diego?—preguntó Quintero, con angustia, porque en su fuero interno había tomado el partido de su futuro sobrino contra su temido ayudante.

—No, Excelencia, no ha sido nada—replicó Diego poniéndose en pie con más brío y tomando ahora la ofensiva por su cuenta, obligando a Esteban a colocarse a la defensiva—. ¡Ah... el capitán va perdiendo su firmeza!... ¡Ya le advertí que con una espada en la mano!...

—¡Aún puedo atravesarte de parte a parte, muñeco!—gritó Esteban con furia.

Había de nuevo logrado acorralar a Diego, y le hizo un rasguño en un brazo, arrancándole un pedazo de su finísima camisa de holanda.

—Esto es un aviso — dijo Diego—. Lo necesitaba para despertarme.

Y con nuevo brío se lanzó a un ataque más rudo y serio que los producidos hasta entonces.

Esteban sintió la supremacía de su adversario y tembló, por un instante. Se sentía fatigado. Tenía que reconocer que el "mequetrefe" le estaba dando una soberbia lección de esgrima, pero cuando se estaba

confesando esto a sí mismo, una estocada bien dada le partió el corazón. Cayó al suelo de bruces, bañado en su propia sangre, sin tiempo para proferir un grito, una imprecación o una plegaria... ¡Estaba muerto!

—¡Muerto! — exclamó Quintero, entusiasmado—. ¡Y le habéis matado vos, Diego! Le está bien empleado, por impertinente...

Una patrulla de soldados hizo irrupción en el despacho por un lugar completamente impensado: por el mismo lugar por el que, en una noche célebre, había entrado el Zorro para amenazar a Su Excelencia.

—¿Eh?... ¿Qué pasa?—preguntó Quintero, mirando a sus hombres con extrañeza.

—Hemos descubierto una escalera secreta en el sótano, que conduce hasta aquí...—explicó el sargento que mandaba a la compañía.

—¿Una escalera secreta... que conduce aquí?—preguntó el de Quintero, mirando a Diego recelosamente—. ¡Bien, muy bien, sargento, serás recompensado largamente por el servicio que acabas de prestar! ¡Centinelas, aprehended a ese hombre!—ordenó, señalando a Diego—. Llévadle a la celda más fuerte que tengáis... y ponedle guardias de vista... ¡Es muy peligroso!

—¿Por qué me arrestáis, Exce-
lencia?—preguntó Diego, volvien-
do a su fingida indiferencia.

Quintero soltó una carcajada in-
solente y soez.

—Por tres razones.—replicó—
La primera, porque tenéis barro del
sótano en vuestras botas... La se-
gunda, porque sólo vos podéis ha-
ber usado esa escalera secreta... Y
la tercera... porque maneáis el ace-
ro como un verdadero demonio... y
por eso quiero que vayáis con
ellos... ¡señor Zorro!

—Vaya una forma amable de tra-
tar a vuestro futuro sobrino, tío
Luis—comentó Diego, sin perder
su calma y su serenidad.

—¡Acabó la farsa, mentecato!
¡Lléváoslo! —ordenó el alcalde a
sus hombres.

* * *

Los caballeros, propietarios y
hacendados de California, fueron
citados rápidamente, aquella misma
noche, a la residencia del alcalde.

Las damas de la casa, Inés y Lo-
lita, fueron encerradas en sus ha-
bitaciones, con el ruego, mejor di-
cho, con la orden de que no las
abandonaran por nada.

Mientras, la guardia y los solda-
dos, puestos en movimiento por ór-

denes superiores, preparaban en el
amplio patio de la residencia, algo
trágico y terrible.

El pueblo, por entre el cual ha-
bía corrido rápidamente la noticia
de que algo anormal ocurría y que
se preparaba algún hecho sensacio-
nal en la Alcaldía, se había aglo-
merado a la puerta de hierro que
daba acceso al patio y allí esperaba
impaciente para conocer en concre-
to qué era lo que ocurría.

Fueron acudiendo, de todas par-
tes, los caballeros convocados a
aquella extraña reunión y, al en-
contrarse en la gran sala donde
eran introducidos, unos a otros se
interrogaban con la mirada, sin
acertar a explicarse aquel hecho
inaudito de que se les hiciera acu-
dir a una hora intempestiva a la
Alcaldía, por orden expresa del se-
ñor alcalde.

—¿A qué se debe esta reunión?
¿Sabéis algo de esto, Alejandro?—
preguntaron al de Vega, cuando
éste llegó.

—Nada... sólo sé que me han obli-
gado a venir, como a vosotros, pero
nadie me ha explicado nada.

Luis Quintero compareció ante
los caballeros; les miró con el des-
precio de la cucaracha hacia el
águila, y les dijo, fingiendo una
amabilidad que estaba muy lejos de
sentir:

—Buenas noches, señores... Es un placer veros aquí... momento veréis a vuestro Zorro... ¡fusillado!

—Nos debéis una explicación— le interrumpió Alejandro Vega— ¿Por qué razón nos han obligado a abandonar nuestra casa a estas horas intempestivas?

—Es que os he preparado un espectáculo delicioso, mi querido Vega...—replicó Luis Quintero con malévolos intención—. Vos, particularmente, lo encontraréis acaso más interesante que los demás... ¡Voy a ejecutar a un caballero a media noche! ¡Y quiero que todos os gocéis en el espectáculo!

—¿Un caballero? ¿Quién es?— preguntaron varias voces.

—Es el hombre al que habéis elegido para desafiarme... para despojarme de mis bienes... y para amenazar constantemente mi vida... Por eso os mandé venir... para que le veáis morir y que os sirva a todos de lección...

—Confieso que no entiendo de qué nos habla—comentó Alejandro Vega, que estaba muy lejos de sospechar que se trataba de su propio hijo.

Luis Quintero rió con su risa soca e insolente:

—¡Casi lográis convencerme, Vega...! Es una pena que desaparezca tan buen actor! Pero dentro de un

momento veréis a vuestro Zorro... ¡fusillado!

—¡El Zorro!... ¡El Zorro!— exclamaron, de uno a otro extremo del salón, los caballeros en el congregateados, ninguno de los cuales conocía la verdadera personalidad del llamado Zorro.

Abajo, en la celda donde estaban encerrados Diego y Fray Felipe, aquél hacía juegos de manos al carcelero, que le miraba boquiabierto tras los barrotes recios de la puerta de entrada, mientras el fraile, sentado sobre el banco de madera, con las manos cruzadas sobre el pecho, dejaba hacer a Diego, seguro de que aquellos juegos algún plan premeditado tenían.

—Vas a ver ahora—dijo Diego al carcelero— algo realmente extraordinario... Verás cómo se cambia una moneda de cobre en otra de oro.

—¿Podéis hacer semejante cosa?—preguntó, admirado, el pobre hombre, mientras Fray Felipe lanzaba una expresiva mirada a su amigo.

—Que te diga el padre si lo he hecho—dijo Diego, buscando un testimonio de más valía que el suyo propio.

—¡Muchas veces!—aseguró Fray Felipe, acordándose de todas las li-

moanas distribuidas a los pobres gracias a los manejos del Zorro.

—De este modo le he aumentado a él las limonas de su iglesia... Si tuviese una moneda os lo mostraría ahora mismo—dijo al carcelero, y en voz baja, dirigiéndose al fraile, le recomendó:

—No os preocupéis de lo que diga y estad atento a lo que ocurra...

—Aquí tengo veinte centavos... ¿os pueden servir? — preguntó el carcelero, mostrando la moneda que había encontrado en el fondo del bolsillo de su viejo pantalón.

—Quizá sí... pero ya estoy cansado de juegos... Mañana os lo haré... —dijo Diego, tumbándose, perezoso, en el camastro.

—Por favor, señor... hacedlo... Tengo mujer y muchos hijos y el sueldo es corto para las muchas necesidades de mi casa... Por favor... hacedlo y rezaré por vos...

—¡Ah!... Si lo imploráis así... ¿quién puede negarse? ¡Ea! Tomad fuertemente la moneda en vuestra mano y pasad ésta a través de la roja, entre los barrotes... así, eso es, cójela bien fuerte... Si tocas hierro estropeas el juego... fíjate... yo cojo el puño y lo sostengo así... —dijo Diego, cogiendo la muñeca del desdichado y retorciéndosela con tal fuerza que el otro lanzó un gemido.

—¡Abre la puerta!—ordenó Diego, amenazando al carcelero así cogido, con una pistola que sacó de debajo del colchón.

—¡Ah... sí... sí... ahora mismo!... —replicó el infeliz, que no podía sufrir el dolor de su brazo retorcido.

Abrió la puerta, y Diego le obligó a entrar, a esconderse bajo el camastro rápidamente y ordenó al padre que cerrara la puerta, porque se escuchaban lejos ruidos de voces y de pisadas:

—Si rechistáis—dijo al carcelero que estaba bajo el camastro, pegado a la pared—, te aplasto como a una cucaracha... Padre, sentaos a mi lado y dejadme a mí todo el trabajo... ¡Ya veréis como todo marchará bien!

Fray Felipe tenía una confianza ciega en su amigo, en Diego, en el Zorro que tantas maravillas había realizado, y esperó pacientemente, desgranando las cuentas de su rosario.

Luis Quintero, acompañado de todos los caballeros, llegó hasta la puerta de la celda, diciéndoles:

—Ahora, señores, vais a presenciar el resultado de vuestros planes: ahí tenéis a vuestro Zorro cogido en la trampa...

Alejandro Vega lanzó un grito de júbilo al ver a su hijo, de júbilo y de asombro al mismo tiempo:

—¡Diego!... ¡Tú!... ¿Qué faras es esta?

—No finjáis... —dijo Quintero, que tenía la seguridad de que el Zorro era cómplice de los planes de Alejandro Vega.

—Luis Quintero... ¡estáis loco al creer que mi hijo es el Zorro! El Zorro es un hombre valiente y osado... y mi hijo no es más que un presumido...

Diego, con aquella agilidad tan suya, con aquella osadía que no se arredraba ante nada, sacó dos pistolas, amenazó a Quintero y le dijo, dando un brinco con el que se plantó fuera de la celda:

—¿Conocéis este juego?

—¡El Zorro!... ¡El Zorro!... ¡Es él!...—gritaron los caballeros, llenos de admiración.

—¡Señores! —gritó Diego, blandiendo sus armas—. ¿Estáis conmigo?

—Sí... sí... sí...—replicaron todos al unísono, al ver que Diego hacía frente a los primeros soldados.

Los caballeros se arrojaron sobre la soldadesca y comenzó un singular combate entre unos y otros, mientras Diego, el Zorro, escabulléndose por los tejados, defendiéndose de sus perseguidores, haciendo con su espada verdaderas maravillas, logró alcanzar la verja y abrirla al pueblo, a su pueblo, a los

peones que le adoraban y que hubieran dado por él mil vidas que tuvieran.

—¡A ellos, peones! ¡Ha llegado la hora de la justicia!—les gritó.

Fue el grito de safrarrancho en un combate. Los peones se lanzaron contra los soldados con un brío inaudito, animados por el ejemplo de su liberador, y lucharon denodadamente hasta conseguir reducirlos y aniquilarlos.

Diego fue el encargado de apresar a Luis Quintero, y le hizo dirigir desde allí la palabra al pueblo.

Luis Quintero hablaba con la voz temblorosa, e iba repitiendo todas las palabras que Diego le dictaba. Presentó su dimisión, hablando de este modo:

—Noble pueblo de los Angeles... debido a mis incesantes esfuerzos... para mejorar las condiciones de vida del distrito...

—¡Fuera!... ¡Fuera! —gritaron cien voces a un tiempo.

—...mi salud se ha resentido... y he decidido dejar mi puesto...

—Sí, sí, sí—aprobó el pueblo, satisfecho de aquella determinación.

—...y marcharme a España... Para sucederme en el gobierno del distrito he nombrado a mi ilustre predecesor... don Alejandro Vega...

—¡Bravo! ¡Viva don Alejandro! ¡Viva el nuevo alcalde!—gritaron

E L S I G N O D E L Z O R R O

los peones, lanzando al aire sus gorras, y saludándole con sus espadas los hidalgos.

Luis Quintero estaba tan pálido que parecía un cadáver. Fray Felipe se adelantó a él y, cogiéndole del brazo, le dijo, benévolo:

—Para salvaros de las iras del pueblo... yo mismo os acompañaré hasta el muelle... El barco zarpará pronto con rumbo a España...

—¿Nos vamos a España? — preguntó Inés, que no entendía nada de lo que pasaba y que había logrado salir de su encierro, acompañada de Lolita, porque todos los guardias se habían visto obligados a acudir a defender sus vidas amenazadas por la avalancha de los peones.

—Sí... al fin me he decidido a complacerte—replicó Quintero, esforzándose en sonreír.

Inés volvió el rostro a Diego, que estaba con Lolita, y le dijo, con aquella coquetería que tan mal sentaba a su madurez excesiva:

—¡Ah, Diego!... ¿Cuándo podremos veros a vos... y a nuestra Lolita, en Madrid?

—Temo mucho que no se realice nunca ese deseo, señora.—replicó Diego, galante como siempre.

—¿Qué queréis decir?

—Señora... quiero decir que Lolita y yo vamos a seguir las sanas costumbres de California y que, una vez casados, nos gustará mucho tener hijos rollizos y gozar con el crecimiento de nuestros viñedos—replicó Diego, abrazado suavemente a su dulce novia que asintió con la cabeza, dichosa al poder conseguir la dicha apetecida: un hombre bueno, leal, valiente y generoso que la llevara al altar liberándola de las garras de aquellas alimañas que la habían adoptado y que tanto la habían hecho sufrir.

Y mientras Inés, despechada, volvía la espalda a la encantadora pareja que formaban Lolita y Diego, que acababa de clavar su espada en el techo del zaguán de la cárcel, como lo hizo al partir de Madrid, como signo de haber cumplido su misión, don Alejandro y su esposa contemplaban extasiados a aquellos que, bendecidos por Dios, les darían nietecillos encantadores que harían más suaves las horas de su vejez y serían el fruto maravilloso de una existencia recta y justa, consagrada al servicio de Dios y al bienestar de sus semejantes.

Y, por su parte, Fray Felipe daba gracias al cielo por haber permitido castigar a los malos y dar la felicidad a los buenos.

EDICIONES ESPECIALES

SERIE "TRIUNFO"

PRECIO: 100 PTAS.

Barrios de Nueva York, por John Cooper y Martin Sullivan.
Amor inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jordan.
El castillo y la dama, por Ruth Merzon.
Redención, por Warner Baxter y Wallace Berry.
Cuando los cielos fallan, *Marcha de matines* y *Cuando resplandecen* (Serie Trío).
El coronel de Chan, *Coronel Chan en la posesión*, *Charlie Chan en la Opera* (Serie Trío).
Miner Wong en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

PRECIO: 125 PTAS.

Hay dos banderos, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
Carnet de baile, por Marie Bell, Harry Barr y Robert.
Bandas rotundas, por George Sanders y M. Marjorie.
Canasta de nido, por Jane Withers.
La cura sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, Edwige Fenech.
Se muestra en los periódicos, por Margaret Lockwood, Harry Beres.
Adorable virgen, por Judy Canova.
Eso que llamamos amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una extra en misión, por Sonja Henie y Don Ameche.
Campana de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballero del establo, por Gina Cervi y Luis Perillo.
La ley sagrada, por Michellos Preley y Marcelle Chantal.
Fuente el agua, por Clara Bronch y Anna Lee.
La vida de Carlos Garrel, por Hugo del Carril.
Por otra caverna, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Luz en las tinieblas, por Aida Valli y Franco Giachetti.
Matrimonios efímeros, por Gina Cervi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Robert O'Hara y Santiago Arcelia.
Lidia, por Marie O'Hara.
Encuentro de la noche, por Emma Gramatica e Iva Pola.
El joven Edipo, por Mickey Rooney.
El capitan por vida, por Spencer Tracy.
El mundo está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Edo al voto una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
El gran sagrado, por Carole Lombard y James Stewart.
El orgullo de los ganados, por Gary Cooper.
El castillo de los misterios, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Peter Lorre.
Nada de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Visiones las barbas, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Ella y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran aduana, por Barbara Stanwyck y Joe McCrea.
El ver de los mares, por Franchot Tone.
Espectro, doctores y enfermeras, por Loretta Young, Warner Baxter y Virginia Bruce.

Ruta, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El signo del surco, por Tyrone Power.

Tu amor no me olvidas, por M. Haine y John Payne.
Siempre Esat, por Leslie Howard.
Recuerda aquel día, por Claudette Colbert.
El niño de Andalucía, por Angélica.
El hijo de Montecarlo, por Louis Hayward, Jean Seberg y George Sanders.
Qué vida nos va valiendo, por Walter Pidgeon.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
Cuando resplandecen, por M. O'Hara y Laurence Olivier.
El capitán Canale, por Victor Mature.
El hombre que, por David Niven y Loretta Young.
El negro bandolero, por Alan Merivel, I. Lugosi, Tarcis y la dama, por Herman Brigg.
Hace un millón de años, por Victor Mature y Carole Landis.
El gran sagrado, por Carole Lombard y James Stewart.
El hijo de la noche, por Tyrone Power, Don Turner y George Sanders.
La tía de Carlos, por Jack Bunny.
Señal de amor, por Randolph Scott y Kay Francis.
Texas, por W. Haiden y Claire Trevor.
Un hombre extraordinario, por Melvyn Douglas y Jean Hutton.
Barrios de Nueva York, por Louis Hayward.
El hombre que vivió en el cielo, por Simone Simon y Jean Caille.
Guadalupe, por Vladimir Fokier.
Ha vuelto aquella mujer, por Melvyn Douglas.
Lo que pierdes en la guerra, por Marie O'Hara y Melvyn Douglas.
Jack el asesinado, por Laird Cregar, Marie O'Hara y George Sanders.
Fuente macedonia del Canadá, por Gary Cooper y Madeline Carroll.
Se ha perdido una millonaria, por Fredric March y V. Bruce.
La mujer fantasma, por Juan Blondell y Roland Young.
Amor y periodismo, por Tyrone Power, Loretta Young y Don Ameche.
Tejidos de vidrio, por Tyrone Power y Linda Darnell.
Se dice a ti mismo, por Tyrone Power y Jean Fontaine.
Por la vida decidida, por Sonja Henie, Jack Cubie, César Romero y Carole Landis.
Xmas con fantasmas, por Anna Baxter, etc.
El Pueblo de los Animas, por Jorge Negrete y Maria Felix.
Algo y una platería, por Don Ameche y Dana Andrews.
Sin destino, por Charles Boyer, Charles Laughton, Edward G. Robinson, etc.
El gato y el canario, por Bob Hope y Paulette Goddard.
El antiguo inmortel, por Henry Fonda y Margaret O'Hara.

SERIE "PRODUCCION ESPAÑOLA"

La hermana San Sulpicio, por Imperio Argentina.
La hija de Juan Simón, por Angélica. Pilar Miras y Carmen Amara.
La Dolorosa, por Conchita Piquer.
Santa Regalia, por Rafael Rivellat, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

El 13.000, por Josita Hernán y Rafael Durán.
 Faltaba a bordo, por Lina Yegros.
 Enciclopedia, por Alfredo Mayo.
 En hermano y M. por Amelia Vica y Enrique Guitart.
 Tarea, por Imperio Argentina.
 Escandalo, por Alfredo Mayo.
 Enciclopedia, por Josita Hernán y Rafael Durán.
 La escuela de la Dugosa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
 Una casa de morir, por Lina Yegros y F. Hernández de Córdoba.
 Los milanes de Polichinela, por Marta Santaló.
 La Manuel Luna y Luis Peña.
 Torbellino, por Berenilda Castro.
 En Cariblanca el Magordum, por María José Simó, Luis Fuentes y Michel.
 Legión de honor, por Emilia Sanfoual, Matilde Nachter y Rina Alba.
 Porción de el César, por Pastora Peña y Luis Peña.
 Flaca y Marcano, por Blanca de Blioz y Pastora Peña.
 El 13.000, por Ana Mariacal y Enrique Guitart.

Siempre mujeres, por Ana Mariacal y Enrique Guitart.
 Se ha perdido un cadáver, por Roberto Font.
 La vida está loca, por Josita Hernán y Amelia Vica.
 Mi vida en sus manos, por Teófilo de Pomar y Julio Peña.
 Delicadesa de amor, por Amparito Rivallón y Alfredo Mayo.
 Un caballero famoso, por Amparito Rivallón y Alfredo Mayo.
 Chiquitos, por Lucky Bona y Carlos Mañas.
 El hombre de las mujeres, por Frayre de Andrade.
 Archivos de amor, por Alfredo Mayo y Sylvia Margla.
 Con los ojos del alma, por Mariela Valquera.
 F. Hernández de Córdoba y Manuel Luna.
 Ella, él y sus milanes, por Josita Hernán y Rafael Durán.
 Mucama, por Juanita Reina y Miguel Liguera.
 El fantasma y doña Juana, por Antonio Casal y Mary Delgado.
 Ángela es así, por Josita Hernán y F. Hernández de Córdoba.

PELÍCULA GRÁFICA — 1 PTA.

El libro de la selva, El capitán Castela, Estudiantes en Oxford,
 El ladrón de Bagdad, Marineros a la fuerza, Esmeralda, la xingara
 Tarzán y la Diosa, La quimera del oro, Race un millón de años,
 El alegre bandolero, Texas, El hijo de la furia, La tía de Carlos
 Sendas siniestras, ¿Qué par de locos! Guadalupe Jack, el destripador

PUBLICACIONES VARIAS:

Concinerero el día, 100 canciones modernas 32 fotografías y biografías.
 Concinerero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.
 Concinerero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito: Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanas, «Yolas», «La Cancinencia del Pelocao».
 Concinerero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.
 Concinerero «Fiesta y Alegria», la colección máxima de Josita y Federico.
 Concinerero de los Triunfos Regionales. Los éxitos del día.
 Concinerero Jovial. (Ricardito Alarcón-López).
 Concinerero «Quemando Héroes». Sus triunfos emocionantes.
 Concinerero «Éxitos del día».

Precio: 2'50 ptas.

Concinerero Roberto Font. Los concinereros

máximas de este gran artista. Biografía Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Concinerero «Le que se cuenta hoy» 1750 (último)

Precio: 3'00 ptas.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los extras en los estudios; alegrías y sufrimientos de los extras; los secretos del cine). 3'00 pesetas.

Réfogos de humor, por Fidelis Trinitación, 5'00 ptas. (Lectura hilarante. Optimista. Agradable).

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 2'50 ptas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-María Blázquez.

Precio: 2'50 ptas.

ORTEGA, MANOLETE y ARBUJA, por Juan Lara. Numerosas fotografías. 3 ptas.

A reembolso, giro anticipado o condiciones convenidas, envío franco de portes. Salvo venta.

1000
0/00
206

756

10371



Outboard, Inc. M. PELICER

München, 111-Teléfono 76133